

ARMAS Y LETRAS

ARTES · CIENCIAS · INVENTOS · VIAJES · DEPORTES · LITERATURA · PASATIEMPOS · CURIOSIDADES
— VULGARIZACIONES CIENTÍFICAS —



DIRECTOR-PROPIETARIO
VICENTE VALERO DE BERNABÉ

15 DE ENERO DE 1924
AÑO V. Número 71



Ayuntamiento de Madrid

PISTOLA NACIONAL



ASTRA ASTRA
REGLAMENTARIA-EN-EL-EJÉRCITO-ESPAÑOL

FABRICANTES:

ESPERANZA Y UNCETA. (GUERNICA^o VIZCAYA)

DELEGACIÓN GENERAL A.V.D. BERNABÉ & MAYOR 86 MADRID &

Unica reglamentaria en el Ejército

Unica reglamentaria en la Marina de Guerra

Unica reglamentaria en el Cuerpo de Carabineros, en el
Cuerpo de Prisiones y para los Jefes y Oficiales
de la Guardia civil

CALIBRES, 9 mm. 7'65 y 6'35

Los señores Jefes y Oficiales pueden adquirir a plazos estas pistolas
por conducto de

ARMAS Y LETRAS

Ayuntamiento de Madrid

INDUSTRIA Y COMERCIO DE MADRID

CASAS QUE DEBE USTED VISITAR

MENA
FOTÓGRAFO
CARRETAS, 39
(Frente a Romea)

Tres carnets para identidad 3 pesetas
Ampliaciones de SS. MM. del uniforme
que se desee para cuartos de banderas y
estandartes a 25 ptas. *Novedad fotográfica*,
33 calcomanías para aplicarse en
papel, cartas, cintas, esmaltes 5 pesetas

BLANCO HUECAS
para la instrucción reglamentaria de tiro. El más perfecto el más
utilizado y el más económico. Libretas de tiro y facsímiles
Pedidos a las Huérfanas del comandante Huecas
Co.egiala, 3, cuarto núm. 1.—MADRID

Admón. de Loterías núm. 16.—P. de Santa Cruz, 2
Su administradora D.^a Felisa Ortega, remite a provincias, ultra-
mar y extranjero, los pedidos que le hagan, siempre que vengan
acompañados de su importe

R. FERNÁNDEZ ROJO, GRABADOR
Fábrica de sellos de caucho. Precintos de varias clases
Teléfono, M. 415.—FUENTES, 7.—MADRID

AVISO: La casa que más paga oro, plata,
platino, dentaduras, alhajas y pape-
letas del monte. *Plaza de Santa Cruz, 7 (Platería)*

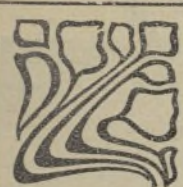
CASA HERNANDO
MAYOR, 29
Teléfono, 24-85 M
Venta de toda clase de máquinas de escri-
bir. Reparaciones muy económicas, acce-
sorios de toda clase. Cintas, papel car-
bón, tampones y efectos de escritorio. Se
hacen abonos para Madrid y provincias.
Presupuestos gratis

El Arca de Noé ALMACEN DE PAPEL OBJETOS DE ESCRITORIO

Libros Rayados - Stilográficas Garantizadas - Papel de Hilo y Algodón

SOBRES DE TODAS CLASES Casa Especializada en Sumi- VENTAS POR MAYOR
— Y TAMAÑOS — nistro de Oficinas — Y DETALL —

CORREDERA BAJA, NUM. 39 Precios muy económicos — SUCURSAL —
— TELÉFONO, 44-79 M — CALLE DEL PEZ, NUM. 2



**BEBED
AGUA FARGAS**



**SASTRERIA
MILITAR PASANO**

ALVARO

Mayor, 20 pral - MADRID

ESTABLECIMIENTO DE
JORDANA

Príncipe, 9.-MADRID.- Teléfono
4.038

Especialidad en artículos para regalos
con motivo de ascensos y recompensas



CONDECORACIONES, BANDAS Y ROSETAS DE TODAS CLASES.—BAG-
DERAS PARA REGIMIENTOS.—PAJÁS, FAJINES Y CEÑIDORES.—CH-
RRETERAS, DRAGONAS Y HOMBREKAS.—CASCOS, GORRAS Y ROSET-
CORDONES Y DISTINTIVOS PARA AYUDANTES Y PARA BASTÓN.—
SABLES, ESPADAS Y ESPADINES.—ENTORCHADOS, TEJIDOS Y BOS-
DADOS.—BANDEROLAS, TIRANTES BORDADOS Y FORRAJERA.—ES-
TRELLAS, NÚMEROS EMBLEMAS Y BOTONES.—CORDONES, GALONES
Y ESPIGUILLAS.—ESPUELAS, ESPOLI-
MES, PLUMEROS Y GOLAS, ETC., ETC.

Ayuntamiento de Madrid

Anuncios por palabras

LITERATURA Militar preceptiva, por Fernando Altolaquirre. De texto en la Academia de Caballería. Único libro de consulta, sobre tal materia, para el Cuerpo de oficiales. Precio, con el apéndice, 8 ptas. Pedidos al autor, Lista, 73.—Madrid.

PARA pasar un rato distraído, nada más apropiado. Cervecería-Bar, servido por señoritas. Cádiz, núm. 7

PARA hombres.—Ayer ventrudo, hoy enjuto: es que uso las FAJAS DE JUSTO. Probarlas es adoptarlas. Carmen, 10, corsetería.

GRAN HOTEL.—Alicante. Propietario, Miguel Simón. Servicio esmerado. Los militares, mediante la presentación del carnet militar, obtienen una bonificación del 10 por 100.

CLEMENTE Y GARCIA.—Camisería. Ropa blanca. Equipos. Canastillas. Batas. Especialidad en blusas. Calle Mayor, 34. Madrid.

ACERO.—Sastrería militar. Fábrica de paños en Béjar. Proveedor de la Cooperativa del Ministerio de la Guerra. Se remiten modelos de prendas a las Juntas económicas. Talleres: San Marcos, 36 y 38. Madrid.

un buen jinete
hace un buen
Caballo

*Si deseais
que vuestras
cuadras ga-
nen siempre
emplead*



Resolutivo Rojo Mata
Cicatrizante Velox
Anticólico F. Mata

LETRA 1917

!! TODO NUEVO Y TODO DE OCASIÓN !!

SI QUIERE V. COMPRAR O VENDER Alhajas, Relojes, Máquinas de escribir, fotográficas, Pianos, Pianolas, Gramófonos, Bicicletas, Objetos de arte y fantasía y cualquier clase de artículos, VISITE TODOS LOS ESTABLECIMIENTOS Y ACUDA POR FIN A LA

CASA ORIA Y GALINDEZ

Calle del Clavel, 8

MADRID

Teléfono 19-31 M

SE CONVENCERA de las VENTAJAS QUE SU LARGA EXPERIENCIA en el NEGOCIO pueden PROPORCIONARLE

Ayuntamiento de Madrid

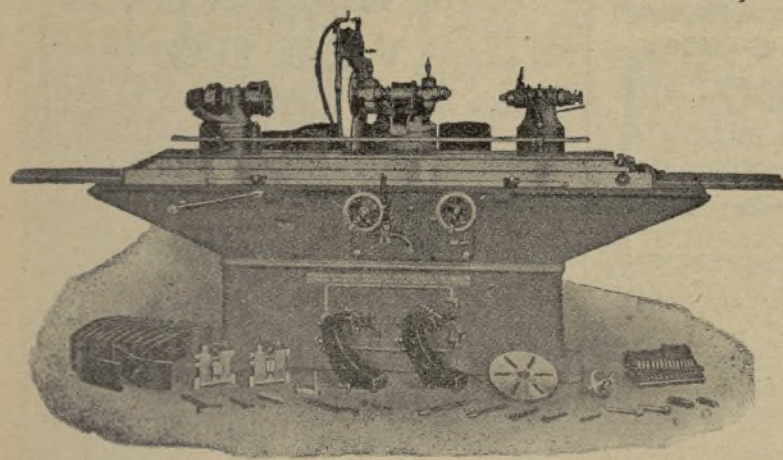
Maquinaria y Herramientas

S. A. M. FENWICK

— Consejo de Ciento, 421 —

BARCELONA

Instalaciones completas para talleres de construcción y reparación y fundiciones de hierro y acero.



Rectificadora "BROWN & SHARPE"

Máquinas de roscar en roscas de madera — Aparejos de elevación «YALE»
GRANDES EXISTENCIAS EN NUESTROS ALMACENES — ESTUDIOS Y PRESUPUESTOS GRATIS

PÍDASE EL CATÁLOGO DE HERRAMENTAL

GRANDES ALMACENES DE SALVADOR DELTELL

(CASA DEL VALENCIANO)

RIBERA DE CURTIDORES, 18 — MADRID

Construcción de toda clase de correajes y equipos de caballo para el Ejército — SE PAGAN —
Compra y venta de toda clase de desechos militares en cualquier punto de España ALTOS PRECIOS

EL MAS EXIGENTE

saldrá plenamente satisfecho de los

Grandes saldos de Colegiata, 2 y 3.

Pieles, géneros de punto, artículos de seda,
guantes, medias, etc., etc.

DROGUERÍA, PERFUMERÍA,
CEPILLERÍA, ESPONJAS
Y ARTÍCULOS DE LIMPIEZA

B. LÓPEZ. Atocha, 49.

CASA MUY BIEN SURTIDA
PRECIOS ECONÓMICOS

PROVEEDOR DE LA 1.ª SECCIÓN DE LA ESCUELA CENTRAL DE TIRO

PAGO MÁS QUE NADIE

Alhajas, Oro, Plata, Pedrería fina, Pianos, Pianolas,
Bicicletas y Máquinas de escribir.

CASA DE COMPRAS Y VENTAS LA OCASIÓN

TOLEDO, 55 - TELÉFONO 197 - MADRID

JESUS MARTINEZ

Especialidad en gorras de plato, roses, chacots y
kalpats. Calle Mayor, 57, MADRID. (Frente al café
de Platerías.)

Ayuntamiento de Madrid

BORISOL ANTISÉPTICO Y DESINFECTANTE

Eficaz en las enfermedades de los párpados, nariz, boca, garganta, oídos y de los órganos genito-urinaros.

FARMACIA TORRES MUÑOZ.—San Marcos, 11.—MADRID

RECLUTAS DE CUOTA

Academia para aprender la instrucción a la ESCUELA CÍVICO-MILITAR. La mejor y más conveniente.

ESTABLECIMIENTO DE COMPRA Y VENTA JOYERÍA - PLATERÍA - RELOJERÍA

Máquinas fotográficas. - Gemelos prismáticos Busch-Zeiss-Goriz.
Estuches de matemáticas y aparatos de precisión. - Pianos y pianolas.

JULIÁN VEGUILLAS DEPÓSITO DE GRAMÓFONOS Y DISCOS

Clavel, 13, e Infantas, 26. - Teléfono M 4.205. - MADRID

Escopetas. - Artículos para caza y viaje. - Objetos para regalos. - Máquinas de escribir, bicicletas y motocicletas. Pañuelos de Manila y mantillas de encaje

ANTIGUA IMPRENTA MILITAR

DE

CLETO VALLINAS

Modelación impresa para todas las Armas y Cuerpos del Ejército. • • • • • Objetos de escritura y dibujo.

Despacho: Luisa Fernanda. 5. MADRID

Zalleres: Zutor 1. y Ventura Rodriguez. 17.

Teléfono 1.548 - J

SERNA

COMPRO, VENDO

Alhajas,

Papeletas del Monte,

Oro, Plata,

Relojes de buenas marcas,

Antigüedades,

Pianos, Autopianos

Escopetas,

Máquinas fotográficas,

Gramófonos,

Máquinas de escribir,

Prismáticos

y cualquier objeto de valor

HORTALEZA, 9

TELEFONO, 53-51

ARTICULOS DE OCASION

EFFECTOS MILITARES Y CORDONERÍA

Bandoleras, Ceñidores, Tirantes, Fiadores, Charreteras, Dragonas, Hombreras, Fajines, Fajas, Forrajeras, Galones, Soutaches, Cordones de ayudante, para medallas, bastón, Espadas, Espadines, Sables y Condecoraciones

CELADA

Mayor, 31 - MADRID

Teléfono 2274

Fábrica movida por electricidad

Espuelas, Espolines, Golas, Plumeros, Gorras, Gorros, Roses, Entorchados, Botones, Emblemas, Números, Estrellas, Bordados, Cintas, Rosetas, Lazos, Canutillos, Lentejuelas y Materiales para bordar



El “Pianola”-Piano

es el único instrumento autopianístico que ha merecido los elogios de

TODOS LOS GRANDES MÚSICOS CONTEMPORANEOS

EL “PIANOLA”-PIANO

es el adoptado por el Vaticano, SS. MM. los Reyes de España, de Inglaterra, de Italia,

de Bélgica, de Suecia..... y por las más prestigiosas

INSTITUCIONES MUSICALES DE TODOS LOS PAISES

y es, a la vez, el de mayor garantía y el más barato

VENTAS AL CONTADO Y A PLAZOS

THE ÆOLIAN COMPANY

S. A. E.

AVENIDA CONDE PEÑALVER, 24

MADRID

SANTIAGO SANCHEZ QUINONES



ACCESORIOS

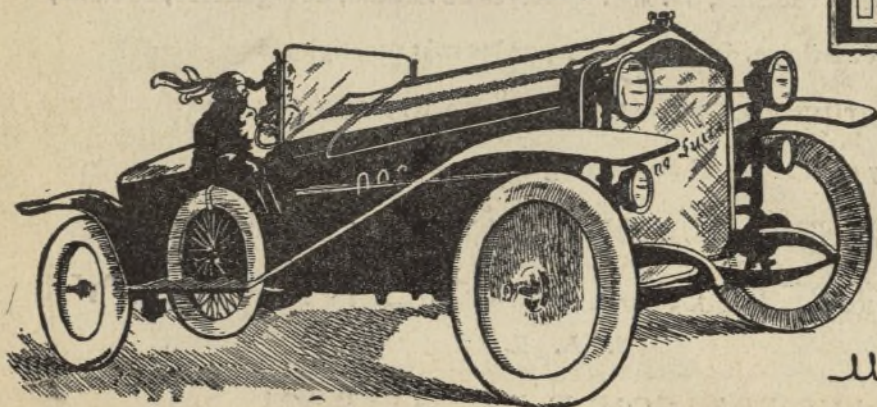
PARA AUTOMÓVILES, GLOBOS Y AEROPLANOS

PROVEEDORES DE LA AERONÁUTICA MILITAR DE ESPAÑA

Motores NAPIER para aviación.—Cables de goma.—Tensores.—
Tubos de acero.—Cuerdas de piano.—Cables de alta.—Cojinetes de
bolas.—Hélices.—Neumáticos.—Ruedas metálicas.—Telas para glo-
bos.—Trajes eléctricos para aviadores.—Tornillería de acero.—Acei-
tes y grasas OLEOSOL, etc.

TELÉFONO J-1342
ALBERTO AGUILERA, 14

MADRID



M. Chéreau



DIALOGOS MILITARES

(CARTAS ENTRE JUAN Y PEDRO)

Mi querido amigo: m'ha hecho de reír un güen rato toas las cosas que me ícias en la carta que m'enviaste y el furriel, a quien se la enseñé por que siempre me está preguntando por tú, tamién se rió de güena gana: a ver si entre toos arreglais eso pa cuando yo güelva y no conozco el pueblo.

Aquí seguimos como dende que te fuiste: unos días hay tiricos allá abajo; otros, más arriba: total, na; en cuanto que suenan una docena de cañóns u salen los pajarracos que sueltan bombas, se callan u se van: está visto que no tién decisión u no les conviene tenerla; a saber.

Se jueron ya muchos y s'acabó el irse; según dice el capitán vamos a probar si con los que himos quedao, semos bastantes u si sobra pa poder degolver más: ¿a tú que te parece? yo, ni acabo de convencer de qu'esto s'haiga arrematao. como ice el furriel que sabes tié vista, estos mojametes, no s'están quietos más que por dos cosas: por que no s'atreven por haber llevao una tanda de gofetás u por darles perras, y agora, no pasa denguna de las dos cosas; es decir, no sabemos que pase, por que a musotros no nos lo van a icir ¿verdad? y digo yo ¿no podría ser que viendo como está agora esto, comprenden que si se cuelan, no van a poer salir?

Por que, quietos, no te están; no lo creas man que lo leas en los papeles: pa mi qu'están parejo que el topo cuando quíe hacer un tunel pa salir y mira y remira por aonde le costará menos trabajo y saldrá a güen puesto: no li des vueltas maño ¿has visto que sea güeno el que un enfermo que está mu malo, de pronto se ponga cuasi bien?

Ni que te escacharres, te feguras el bulo que corrió el otro día por toos los campamentos: ícian que los mislines del pueblo que tú ícias Ay-que-dir, han compraó cuatro u cinco aroplanos, (no seas malicioso y no vayas a creer que con los duros que les dió el madrugao;) güeno; lo cierto es que los han compraó, por que los han visto los qu'están en Alhucemas y ¿sabes pa qué los quieren? ¡si serán ansiosos! pa echar bombas en toos los campamentos y en Melilla, que icken que la quien hacer carbonilla ¿te parece a tú?

Si serán tontos, que no saben que tenemos nosotros unos aroplanos-gavilanes, pa cazálos, que me río yo del tiempo que volarán: en cuantico qu'aparezgan por el aire, saldrán nuestros aguiluchos y a los dos o tres minutos, pajarraco mojamete que cae ¿s'habrán creído que es custión de días, pasar de chico torpe de la escuela a maestro?

Pa mí lo que pasa agora aquí; es mu fácil de ver y de reír: los mislines, quieen danos un em-pentón de cuidao, pa ver sí nos vamos: s'acuerdan de que toas las veces que lo han intentao, a la postre, lo pagaron caro y andan como los perricos pequeños cuando quieen agarrase a las orejas de un mastín: se feguran los fatos, que aquello d'Annual y Montarrui, pué suceder dos dos veces y asperan ver un agujero, pa metese toos por el y a luego darse una hartá de chuchos infieles... ¡aguardausus, que voy a templar!

No están agora las cosas como entonces: ya pues icilo por ahí, si es que los papeles escomienzan a icir infundios; agora, s'hicían una, que no creo puea ser, lo pasarían de manera que se quearían sin poder pagar denguna más, escachimizaos, ilo asío que ya sabes que no se equivoca, cuando se pone serio tu amigo que lo fué y lo es,

JUANICO.

Ya vi por la tuya cerido Juan que por ahí abajo está too parejo que cuando vine: agora, las cosas nuevas tocan por aquí: no te pués fegurar los líos en que s'ha metió el Deritorio: no reblán no y mía tu lo que son las cosas; cuando ascomenzaron, dijeron que no hacían falta menistros y no pusión denguno; dimpués, han arreglao como hacer las cosas pa mandar y tampoco han puesto menistros y anda too, como antes y muchas cosas, mejor ¿será qve no hacen denguna falta esos señorones que cobraban la mar? ¿que te parece a tu?

¿Sabes lo que ha hecho, pa que too ande por un mesmo camino? han ponio en las cabezas de partido oficiales, que son como gobernadores de los pueblos y hacen lo que les ice el de la ciudá y van y miran los Ayuntamientos por drento y por fuera y preguntan a los vecinos que es lo que

necesitan pa vivir tal cualejo ¿verdá que está bien pensao? el qu'ha venia aquí, ice que con las peras qu'han pasao deprisa por la casa de la ciudadá, medio pueblo, podía ser nuevo ¡paece mentira lo que s'ha hido!

En el casino, hablan mucho los contribuyentes que más pagan, del Diretorio y lo mesmo oyes hablar bien que mal: unos, les gusta que paece que los generales atienden a los obreros y a los pobres: a otros, les paecería mas mejor que los ricos y los curas lo hicieran too: hay que ver la tremolina que se arma cuando icen eso: la otra tarde se vió negro el tiniente de la guardia civil, pa haceles comprender qu'entoavía no ha pasao: hacen pensar, según icen los que no alborotan, en que si las cosas fuán pa lo que llaman derechas, s'armaría una trifurca.

El veterinario, que es mú leío, tié miedo de que dure esto y los ansiosos se cansen de no poer hablar y metese en too y arma ca pelotera con el maestro que el mejor día salen a mamporros; es que el maestro ice unas cosas, que me ricuerda las que tu ícias algunas veces cuando charrabamos, tan y mientras s'hacía el rancho ¿t'acuerdas? pos no ice, el fato, que tóo son fanfurrias y que a luego habrá qu'hacer elecciones y s'acabará too eso de «aquí no manda denguno más que yo».

Me paece a mi que en esto tié razón el medico, pues dise que antes d'hacer deputaos, se dirá como hay que hacelos, por que no resulten malos y que a tóos los que han sido, no se les dejará que guelvan a serlo ¿no te paece a tu, que si unos aperos están escacharraos, manque tengan algún clavo regular, lo mejor es mercarlos toos nuevos?

Hay que ver el lío en que s'han metío esos señores; hasta que lo dejen too una miajica arreglao, pero, de modo que no se guelva a desarreglar, ya tié que llover, ya, porque en too, ¡había cá cosal la semana pasá cayó por aquí mucha

nieve y al desacese, como ocurre toos los años, casi sé nos deshizo tamién la carretera, y es lo que ícía el peón caminero: tan y mientras que s'hagan los caminos na más que pa que se vea que s'han hecho, asín andaremos siempre: me pareció que te escuchaba a tu, porque no pude entender por qué lo ícía: se comprende que en un puesto donde nieva las carreteras aguanten la nieve sin escacharrarse, eso sí, por que es como si haces un puente y cuando el río lleve agua lo estoza, pero lo que dijo el peón, no lo cntiendo ¡rediez! a lo mejor toos se creen diretorios y charran de too.

Oye ¿te incomodarás, si t'avguezo una miajica? como no estoy ahí, pa date chungu, no te importará y, te tiés que poner coloradico, porque voy a icite una cosa de ahí, que debías habémela ício tu: ascucha ¿t'enricuerdas que se murió el Califa qu'había en Tetuán qu'era como el rey moro de toos esós andurriales? y ¿t'acuerdas qu'había que nombrar otro y hacelo con tiento, pa que les pareciera bien a toos los mojametes? pos ya lo tenemos casi nombrao: es aquel gordo de las barbas que no mos dejaba entrar en Tazarute ¿por qué habrá tantas tazas ahí? uno que ícan el Reysumi.

¿Sabes lo que podías hacer, tu qu'estás cerca? envíale un propio a ese de la krin, a ver que le paece el mandao: a lo mejor no le hace de reir y os arma alguna: no dormiros ¡rediez! no vayamos a escacharrarlo too cuando paece que se va arreglando... güeno... hasta otra: cuidao con la cocota que manque sea dura, una peladilla de esos moricos te pué hacer un agujero: ¡chócalal y ya sabes: siempre es el mesmo pa los amigos y pa los que no lo son—PEDRO.

Por la transcripción,

FERNANDO DE ALTOLAGUIRRE.



EL ARREGLO DE LA HISTORIA

CUENTO DE ACTUALIDAD, QUE PUDIERA SERVIR DE EJEMPLO

POR EUGENIO M. OVEJAS



DESPUES de amargas luchas, en que por obra y gracia de un supremo esfuerzo de la voluntad, esa potencia del alma salvadora de los hombres, no fui vencido, conseguí asegurarme un modesto porvenir

Plugó a Dios darme virtuosa compañera y el regalo de un hijo, y con ellos la alegría a que tenía derecho y que desde muchos años no había disfrutado.

Acaso porque aquel ángel de mi hogar vino al mundo apenas el amor traspuso el umbral de mi morada cuando aún no había casi abierto a la felicidad las puertas del alma, ni desaparecido la serena tristeza que en mi semblante dejaron impresa las pasadas amarguras, nació este hijo mío a mi imagen y semejanza: serio y ceñido sin la travesura y alegría propia de la infancia...

Siguió la implacable vida su curso empujándonos, a él, hacia los linderos de la juventud, a mí a los de la vejez, y aunque otros hijos vinieron después, ninguno como él heredó mis gustos y aficiones.

Holgábame yo de esta semejanza, y en mi modesta biblioteca, pasábamos juntos muchas horas en santo amor y compañía.

Placíale hojear las antiguas historias que relataban hechos de la humanidad, y frecuentemente me acompañaba a rebuscar en las librerías de viejo, obras que conceptuábamos interesantes.

Cierto día, escondido entre diversos incunables, hallamos un libro desgarrado, roto, maltrecho, que llamó nuestra atención...

Era una Historia de España, magnífica, hermosa. En primorosas láminas se representaban aquellas heroicas gestas de la reconquista, homéricas hazañas llevadas a cabo cuando España paría recios varones que la adoraban con el corazón, soñando hacerla grande y poderosa.

La adquirí, y no queriendo entregarla a mi hijo en tal estado, llevécela a un honrado obrero que ya en ocasiones semejantes me había servido dando pruebas de gran habilidad, y le rogué el mayor esmero en la encuadernación del libro: y a

fé que nuevamente hizo gala de su perfecto conocimiento del oficio, pues la Historia, derrotada carcomida y maltrecha que yo le entregara me la devolvió tan nueva y brillante fue era un encanto contemplarla.

Díjele que sería muy de mi agrado conocer como había realizado aquella labor de maravilla, y bondadosamente me dijo:

—Hacer de una historia vieja y estropeada, una historia nueva, es labor fácil; mas hay que realizarla con método y amor, había en esta historia páginas hermosas que con todo cariño he conservado sin tocar: las otras, las sucias y hechas pedazos, hubieran debido arrancarse; pero como no puede dejarse la historia incompleta, he respetado la impresión sustituyendo sus márgenes con retazos de idéntico papel, uniendo con una limpia y hábil pegadura lo viejo y lo nuevo, el pasado y el presente, sirviendo de enlace una sencilla tira de papel de seda, que al secarse, se arranca, dejando terminada e impecable la unión.

—Poniendo escartivanas a las hojas sueltas, formé pliegos, que cosidos por el centro, permiten abrirla con toda facilidad.

Llegamos ante una máquina.





—...Esta es la guillotina: cálculase el corte a la hoja más pequeña, apriétase el pisón, se impulsa con fuerza esta rueda, y bajando la cuchilla, de un sólo tajo hace desaparecer lo viejo, lo carcomido, las manchas, las huellas que tantas manos dejaron sobre ella...

...Y más allá me dijo:

—Ved estos cortes dorados a tornasol. Empleáse para hacerlos, carmín primero; dórase encima sirviendo de agente este líquido: ocho partes de agua para una de clara, y ved el resultado: un espejo formado con sangre y oro. Pero para llegar

a conseguir ese brillo, a la mano que dirigía la piedra de ágata no la temblaba el pulso, y el amor a su arte le empujaba a lograr ese final.

—...Entregad esa sangre y ese oro en otras manos, sin pulso y sin amor, y la Historia hubiera vuelto a las vuestras, arañada, herida, empañada la pureza de su brillo.

Fué oráculo cuyas palabras caían lentamente dentro de mi ser, repitiéndose como un eco en lo más recóndito del alma...

Y como un eco de aquella idea, al entregar a mi hijo la historia le dije:

—Aprende, juventud: a vosotros los hombres de mañana, os entregarán también en día no lejano, una Historia de España, desgarrada, destruida. A tan triste destino, condujéronla los cien veces ilustres varones de hogañó. Tras el desafuero, cúlpanse unos a otros de falta de patriotismo; pero en verdad te digo, que escuchando a todos se echa de ver que sentimiento tal no es de su reino. Patriotismo es amor a la madre, es abnegación, sacrificio, ternura, es vivir en su regazo mirándose en ella, amparándola, proporcionándole una vida tranquila y regalada: y si esto es amor y amor es patriotismo, ¿cómo siendo amantes de su patria pudieron hacerla tanto daño?

—...Amadla calladamente, como los recios varones de antaño que daban la vida soñando con hacerla grande y poderosa y que ese amor sea paz, sea justicia.

...Y al ser llamados a continuar la Historia, llevadla al taller, y al distribuir el oro y la sangre, hacedlo con pulso y con amor, para que de vuestras manos no salga herida, desgarrada, empañada la pureza de su brillo...

DOS SONETOS

POR ENRIQUE LOPEZ ALARCON

Hay un tapiz de atónitas figuras cubriendo la pared, y hay una dama de inquieto pecho que de amor se inflama sentada en un diván de cien molduras.

Del lenguaje de amor las galanuras dice el bardo, a la vez estopa y llama. Afuera el aire desatado brama; dentro, el amor es paz en las criaturas.

El bufón, que es raza de malsines, hace sonar, en locos volatines, las locas campanillas de su arreo;

y del pulsar de los laúdes brota, en el salón de baile, una gavota que cubre con su son el discreteo:

Yo no desciendo de Al Raschid, ni admiro la torre de marfil del estilista, y en mi sangre pausada no palpita ni rancio azul ni púrpura de Tiro.

Ni me siento a la sombra, ni deliro en pos de un ideal que no me incita, ni amo a Cayo Petronio, el siberita, ni me arrastra el filósofo estagi-ro.

Ni voy a señalaros una senda, como Cristo-Jesús, el Galileo, ni voy a acompañaros a la ofrenda; quiero hundirme una noche en el Leteo, presenciar desde un monte la contienda y seguir lentamente mi paseo.

El que fué huérfano de dones

POR ANTONIO DE GOLLURI



De los tres hijos varones que tenía el viejo Juan el mayor fué prohijado por Marte y el segundo por Apolo.

El tercero y menor—no sabemos por que razón, de justicia distributiva—allá en el Olimpo, no se acordaron de él y no fué prohijado por nadie.

Marte al adoptar al mayor que se llamaba Juan como su padre, le donó lo único que podía donar: el valor y la fuerza. Apolo concedió al segundo, que se llamaba Narciso, la belleza y la gracia, y el tercero, que se llamaba Casto, como no fué adoptado por ningún olímpico resultó una soberana insignificancia.

Apenas crecidos los tres tiernos vástagos, comenzaron a dar ya muestras de sus distintas aficiones.

Juan fué jefe de una banda de merodeadores de catorce años, y entre otras fechorías, con furia increíble caía sobre los dorados viñedos en Septiembre y sobre los verdes garbanzales en Junio. Hacía en ellos un destrozo enorme, como buen futuro guerrero, y de paso se comía las sabrosas uvas y los tiernos picudos.

El bello Narciso, fué el angelote obligado en todo paso de comedia o ceremonia religiosa, y era tan lindo, que la mayor parte de las mujeres y muchos hombres, admiradores entusiastas de la belleza, se lo comían a besos. Narciso, comprendiendo que sus carrillos no se habían hecho para aquel besuqueo incesante de viejas beatas y hombres de dudosa mirada, se colgó al cuello una medallita que decía: *no me beséis*; invención que de Narcisín pasó a una secta de cuáqueros y se hizo muy general en todo Norteamérica.

En cuanto al pobre Casto, como nadie le hacía

caso, pues se pasaba la mayor parte de las horas metiéndose los dedos en las narices.

Hombres ya nuestros héroes y girando bajo la influencia del astro en que habían nacido, los dos primeros siguieron ciegamente su marcado destino.

Juan se hizo célebre como *condottieri* en los campos de Italia. No había batalla en la cual no luciera él sus dotes de capitán famoso y la victoria le acompañaba siempre. Ahora, que era muy frecuente que una fortaleza que con las armas había ganado por la mañana, la perdiera por la noche con los dados y también era muy frecuente que, a fuerza de conmemorar victorias en las que era obligada la comilona pantagruélica y el uso y abuso del *chianti* y del *capri*, a la hora de la digestión se revolcase de dolores, pues aún no se había inventado el bicarbonato.

Narciso por su parte, también obtuvo señaladas victorias en las lides del amor que al fin y al cabo, es otra guerra en la cual también hay vencidos y vencedores y cicatrices, aunque no se vean, por referirse a la parte anímica del hombre.

Y como todo en la vida—por ley natural—nace, crece, se desarrolla y muere, llegó el momento en que Juan y Narciso, sintiéndose cerca de la hora de la *verdad*, añorando la tierruña en donde vieron por primera vez la luz, hacia ella dirigieron sus pasos en busca del sueño que no tiene fin.

Ambos iban maltrechos, más que por los años, por la vida, y ambos iban sin blanca.

El guerrero, acostumbado a jugarse todos los días lo que más estimaba, que era el pellejo, claro es que no daba, fuera de esto, valor a nada y todo lo prodigó locamente: fuerza y provecho. Y creyéndose eterno, el misero conquistador de fortalezas y castillos, al fin de su vida y prematuramente encorvado iba a solicitar un humilde cobijo en la aldea natal.

Narciso también, con el talismán de la belleza—que todo lo allana—había escalado las más altas cumbres, guiado por Cupido; pero la belleza—más fugaz todavía que la fuerza—desapareció ¡cómo nol y desde la alcoba principesca en cuyo recinto, como en su feudo natural, empezara cual favorito y soberano, se vió casi arrojado a puntapiés por

un efebo de piel más tersa y líneas más clásicas.

Y también encorvado por la pesadumbre de una vida de orgías y prematuramente envejecido, iba a solicitar un rincón en la humilde aldea.

Casto recibió a sus hermanos con cariño y humildad; cierto que en la época de las prosperidades no se habían acordado de él y él en cambio se había acordado y enorgullecido de ellos, cuando a la aldea llegaba el eco de sus glorias.

Ahora les ofrecía un asilo y un afecto; pan había para todos, porque si carecía de un historial fantástico y deslumbrador, en cambio había labrado con constancia la tierra que heredara de su padre y ayudado de la numerosa prole, se había formado un pasar que si estaba muy lejos de la opulencia, no lo estaba menos de la escasez.

Y los hermanos, en las largas veladas alrededor de la fogata encendida en la chimenea de campana, cuando el cierzo azotaba con violencia las recias maderas de puertas y ventanas, permanecían sumidos en sus propios recuerdos como si se entregaran a un largo exámen de conciencia.



Al que fué capitán famoso, el crepitar de la encina que ardía y las caprichosas figuras de la llama, que se alzaba briosa esparciendo un resplandor rojizo por la estancia, le recordaba las escenas de terror y exterminio en las que había brillado como héroe escogido; muros de fortaleza con formidable estrépito caídos; multitudes de niños y mujeres, bárbaramente holladas por la planta de los caballos; siniestros resplandores de incendio... y acercaba su sitio a la lumbre porque sentía frío, un frío hondo y extraño.

A Narciso, el que fué apuesto doncel, aquel calorcillo confortable le traía a la memoria el perfumado camerino de la gran Duquesa y las más bellas escenas de amor en que había sido actor principal.

Desfilaban por su imaginación, un brillante cortejo de hermosas mujeres y de todas ellas, no conservaba más que el recuerdo de sus formas seductoras, único tesoro por él apreciado. El infeliz no sabía de ese algo misterioso y divino que se llama amor y es llama del alma más que de los sentidos y así, a pesar de ser tantas y tan bellas las imágenes que acudían a su mente, sentía un vacío inmenso en su corazón y frío, mucho frío.

Solamente Casto, el desheredado de los dioses al santo calorcillo de la lumbre, se quedaba beatíficamente dormido.

El infeliz no sabía de ese algo misterioso y divino que se llama amor y es llama del alma más que de los sentidos y así, a pesar de ser tantas y tan bellas las imágenes que acudían a su mente, sentía un vacío inmenso en su corazón y frío, mucho frío.

MAXIMAS

El orgullo encuentra siempre su compensación y no pierde nada, ni siquiera cuando renuncia a la vanidad.

Si no tuviéramos orgullo, no nos lamentaríamos del orgullo ajeno.

El orgullo es igual en todos los hombres. La única diferencia consiste en los medios y en la manera de manifestarlo.

Parece que la Naturaleza, que ha dispuesto tan sabiamente los órganos de nuestro cuerpo para hacernos felices, nos ha dado también el orgullo para librarnos del dolor de conocer nuestras imperfecciones.

Nosotros prometemos según nuestras esperanzas y cumplimos según nuestros temores.

El interés que ilumina a los unos, ciega a los otros



(Gabinete amueblado con elegancia)

CONSUELO.—(Con gesto de mal humor y voz destemplada). ¡Nada! ¡No me pasa nada! Mis nervios tienen la culpa de todo.

MANUEL.—¡Por Dios Consuelo! Hace unos días que estás imposible. Todo te aburre; todo te cansa.

CONSUELO.—¿Te molesto?

MANUEL.—Sí. Me molesta estés de esa manera, tú que sólo tienes motivos para ser muy feliz.

CONSUELO.—¡No puedo remediarlo! ¡Estoy muy nervioso!

MANUEL.—(Acercándose cariñoso). ¡No seas chiquillal (Pausa). ¿No sabes cuanto te quiero?

CONSUELO.—(Levántase y pasea precipitadamente). Déjame, Manuel, te lo suplico. Necesito estar sola. Todo me molesta. Todo me irrita.

MANUEL.—(Con decisión). ¿Me echas?

CONSUELO.—Te suplico me dejes sola.

MANUEL.—(Con irritación). Está bien. (Sale. Se oyen los pasos precipitados de MANUEL y a continuación un fuerte portazo).

CONSUELO.—(Sobresaltada). ¿Se ha marchado? (Corriendo hacia la puerta). ¡Manolo! ¡Manolo!

MANUEL Y GLORIA

MANUEL.—(Sale de su casa renegando de la hora en que se casó. Marcha sin rumbo determinado. En la Carrera de San Jerónimo se detiene ante un escaparate. Su nombre, pronunciado

:: POR CULPA DE ELLA ::

CUENTO DIALOGADO

POR ENRIQUE DE ALVEAR

muy cerca de él, le hace volver instintivamente la cabeza).

MANUEL.—¡Glorial! ¡Qué sorpresa!

GLORIA.—(Sonriendo con mimo). ¿Agradable o desagradable?

MANUEL.—(Con entusiasmo). ¡Agradabilísima!

GLORIA.—Chico, no se te ve por ninguna parte. Desde que te has casado...

MANUEL.—No creas, salgo bastante. Lo que ocurre, es que no voy donde antes solía ir. (Pausa. Los dos se miran con demasiado interés). Estás muy guapa. Más guapa que antes.

GLORIA.—Sigues igual de zalamero y de embusterillo. (Comienza a llover. Ninguno de los dos lleva paraguas).

MANUEL.—Yo no traigo paraguas.

GLORIA.—Ni yo.

MANUEL.—¿Qué hacemos?

GLORIA.—Tomaremos un coche. Este que pasa. (Llamando). ¡Cochero! (MANUEL le tiende la mano para despedirse). ¿Te marchas? Hombre, al menos acompáñame hasta casa. (MANUEL duda un instante, mira a uno y otro lado con miedo de ser visto, y al fin se lanza dentro del coche. En el trayecto recuerdan mil locuras de amor. El habla de sus disgustos, originados por el carácter incomprensible de su mujer. GLORIA, de lo feliz que fué en aquellos meses que pasó a su lado. La lluvia cae a torrentes y, al resbalar por los cristales del coche, pone una cortina que imposibilita a los curiosos observar lo que se oculta en su interior. Han llegado a la casa. GLORIA lo invita a subir «sólo un momentito». MANUEL trata de disculparse. Ella insiste, y él, que no desea otra cosa, cede al fin.)

En casa de GLORIA. Habitación llena de refinamiento y coquetería, exacta manifestación del carácter de su dueña.

GLORIA.—¡Pobre Manolo! No puedes figurarte qué de verdad siento tus disgustos. Tú tenías derecho a ser muy feliz.

MANUEL.—Sí; yo soñaba con la felicidad. (Pausa). Créeme: a ratos soy feliz porque la quiero y ella es buena. (Pausa). Si no fuera por sus asperezas injustificadas, por su incomprensible irri-

tación, sería feliz. ¡Muy feliz! (Pausa). De que yo esté aquí, ella tiene la culpa. Hoy está irresistible.

GLORIA.—(Acercándose a él y apoyándose con mimo en sus hombros). ¿Por qué no te quedas a cenar? ¡Estoy tan sola!

MANUEL.—¡Imposible! Sería la primera vez que faltase. No puede ser, no.

GLORIA.—(Mimosa). Como quieras, Yo lo hacía por evitarte esos disgustos... Como tu mujer está hoy así... (Pausa). ¿Recuerdas aquellas cenas? ¡Cuánto nos divertimos! (MANUEL asiente con la cabeza. Sus ojos se entornan y brillan como si quisieran encontrar el pasado).

MANUEL.—No sé que hacer... Tendría que buscar un pretexto... mentir.

GLORIA.—(Señalando el escritorio). Si quieres escribir, ahí tienes de todo. (MANUEL se levanta y se dirige al escritorio. Al llegar duda un instante; al fin se decide y escribe).

MANUEL.—(Volviéndose hacia GLORIA, lee. «Querida Consuelo. Me encuentro a Paco Fuentes y se empeña en que le acompañe a cenar. Según dice tiene que hablarme de un asunto de gran interés. Por esta causa y por la amistad que nos une, he creído una descortesía el no aceptar. Si tardo, no me esperes. Tuvísimo, Manolo». ¿Qué te parece?

GLORIA.—(Satisfecha). Muy bien. Dame, la mandaré en seguida. (Sale. MANUEL pasea curioseando).

GLORIA.—(Sonriente). ¡Ya está! (MANUEL se acerca contemplándola con admiración. Ella sonríese halagada).

MANUEL.—(Tomándole una mano). ¡Gloria, qué guapísima eres! (Convencido). Estás como nunca de simpática y de bonita.



GLORIA.—(Un poco triste). ¿Por qué me hablas así?

MANUEL.—Porque te quise mucho, y porque siento en mi alma que empiezo a quererte de nuevo. (GLORIA sonríe; MANUEL la coge del brazo y así enlazados se dirigen al comedor).

EL JURAMENTO DE ALMADA

Alvaro Vas de Almada, conde de Avranches, fué un bravo caballero portugués, muerto en el año 1449, héroe de infinidad de hazañas caballerescas, y cuya lealtad y valentía fué tal, que el rey de Inglaterra le hizo caballero de la *Jarretiera*, y el soberano de Francia le confirió el título de conde de Avranches.

Partidario decidido y amigo fidelísimo del infante don Pedro de Alfarobaro, regente del reino. ayudóle siempre con su persona y espada, y tan grande afecto le profesaba que en cierta ocasión que comulgaron juntos, juró solemnemente no sobrevivir a su amigo don Pedro.

Muerto el regente en la batalla de Alfarobaro cuando Almada supo la noticia, penetró en su tienda, tomó algún alimento, y cuando recobró sus fuerzas y energías, se lanzó a la lucha donde ésta era más reñida; y allí, después de hacer increíbles prodigios de temeridad, cansado ya de matar enemigos, y sin alientos para seguir peleando, se tendió en tierra y exclamó despreciosamente: *tranquilizáos muchachos*. Viéndolo inerte los que antes huían de su poderosa espada se precipitaron sobre él y le dejaron sin vida acribillado de heridas.

AL EMPEZAR EL AÑO

Cuatro años de lucha, cuatro años de trabajo continuado, y duro, pero entusiastamente llevado por vernos siempre asistidos del favor de nuestro público, de la alentadora confianza de nuestros hermanos de armas, nos permiten aparecer al empezar este año de 1924, como personas mayores que habiendo terminado el noviciado de sus estudios, pueden mirar tranquilamente al porvenir.

ARMAS Y LETRAS ha montado espléndidamente sus propios talleres de los que saldrá la revista remozada y pulcra, pues está en nuestro ánimo hacer un magazine en donde se aunen el buen gusto y una lectura sana y patriótica.

A este fin, ARMAS Y LETRAS ha completado el personal de su redacción y el número de sus colaboradores para dar mayor brillantez y atractivo a sus números. ARMAS Y LETRAS inaugura con este número una serie de mejoras que la harán figurar en lugar preeminente entre todas las revistas de su clase en el mundo.

Al empezar el año de 1924, ARMAS Y LETRAS saluda agradecida a sus suscriptores y les pide sigan favoreciéndola como hasta aquí en el desarrollo de la empresa que cifra su ideal en la trinidad del lema: PATRIA, EJERCITO, CULTURA.



Comienza el presente año con la segunda etapa de la actuación del Directorio. De su labor espera la Patria grandes y provechosas reformas. Ofrecemos a nuestros lectores, como entrada de año, la presente fotografía ante la cual se han de detener interrogantes los ánimos de todos los buenos españoles. La personalidad de los generales que figuran en el grupo es de todos conocida, y su trabajo en el corto tiempo que vienen desempeñando el cargo, no merece sino plácemes y alabanzas.

HABLANDO CON EL GENERAL DE LOS SOMATENES

El general en su despacho oficial.—El Somatén de Madrid.—Pueblo y Ejército.—La base del engrandecimiento nacional es el orden y el trabajo.—Movimiento Comunista fracasado.—El pasado gobierno y la Casa del Pueblo.—Campos de paz y campos de pelea.

Cuando muchas personas, aferradas a ideas utópicas, proclamaban la desaparición de los ejércitos, la realidad con sus lecciones incontestables vino a demostrar el error de esos sueños quiméricos por medio de la Gran Guerra. Choque mundial que, preciso es advertirlo, no fué producido por motivos militares, sino precisamente por todo aquello en que trataba de verse la seguridad de la paz: el comercio y la industria. Si efectivamente la humanidad vuela ahora más que camina, a lo largo del tiempo, llevada por el milagro hecho flor de la civilización, nunca tampoco es menester tan necesaria la rienda de seguridad, que pueda enfrenar las ansias nobilísimas del desarrollo industrial y comercial de cada pueblo que trata de lograr una supremacía indudable. El ejército es la garantía del equilibrio. Pero con él se hace preciso también una estrecha colaboración del pueblo. De este modo se obtendrá el rendimiento máximo de lo que ambos pueden. El Somatén constituye este vínculo tan necesario y ejemplar para el orden interior y el respeto exterior, puntales que sostienen la máquina de toda grandeza nacional...

—¿Tiene V. la bondad de pasar al despacho del General?

Es el Teniente Coronel Linares quien así nos invita y nos saca de nuestra meditación. Estamos en el Gobierno Militar. El Comandante General de los Somatenes D. Antonio Dabán se hallaba despachando y tuvimos que es-

perar unos minutos. Lo hemos preferido. Esta breve espera nos ha hecho reconcentrarnos y pensar un poco, cosa necesaria y que va siendo poco frecuente: hoy se suele escribir primero y pensarlo después. El Teniente Coronel Linares es simpático, cortés, tiene una inquietud activa, se descubre en él el hombre enamorado de la laborio-

sidad. Afeitado, de rasgos pronunciados y un poco angulosos, tiene cierto sello nipón que nos hace evocar esa agilidad, esa vivacidad enérgica de la raza japonesa.

Cuando penetramos en el despacho del General Dabán, le hallamos sentado a la mesa despacho, colocada junto a un balcón. La luz del sol entra tamizada por el esmerilado de los vidrios y se difunde suavemente por la estancia. Mientras nos habla, el General permanece sentado frente a nosotros. Estamos uno a cada lado de la mesa. Le podemos observar perfectamente. Tiene cuidada barba a lo nazareno. El tono de la piel tiene cierto matiz bronceado, que acusa al hombre curtido por el viento de campaña, más dado a la vida de campamento que a la atmósfera templada de los salones. Habla con rapidez y seguridad. Pero no con ese carácter oratorio, que lejos de ser sentido, es producto de una paciente gimnasia, sino con esa parla que se medita, que no se larga como el chorro de una fuente. El General Dabán nos habla ligeramente; pero observamos que sus párpados se cierran, como ta-



El Excmo. Sr. D. ANTONIO DABÁN Y VALLEJO, Comandante General de los Somatenes de la 1.ª Región



El General Dabán al frente de los Somatenes de Madrid, en el primer desfile verificado ante S. M. el Rey.

piando el exterior, para recogerse por entero en el pensamiento íntimo.

El Somatén es una organización que facilita el Estado para que todos los ciudadanos puedan agruparse en debidas condiciones, con objeto de cooperar al mantenimiento del orden y de la paz.

Ved como nos define esta institución, de que acertad: manera nos la muestra. En sus palabras se aprecia, por lo justo del sentido, un entusiasmo indudable por los somatenes. No en vano es su Comandante General.

—El Somatén constituye además una base de ahorro, pues el Estado sin desembolso alguno, tiene arma al brazo un celoso grupo de buenos ciudadanos capaces de prestar beneficiosos trabajos. Es un auxiliar importante. Su misión no puede ser mas provechosa. En la ciudad ampararán a cuantos preconizan el orden y en un momento desgraciado de guerra o revolución, ellos desempeñarán aquellos servicios del Ejército que queden sin facilidad de ser atendidos a causa de la movilización de tropa. En cuanto en el campo, aun quizás es más importante la labor de Somatén, acaso por ser más frecuente su intervención ya que en los pueblos no hay crecida guarnición ni nutridos puestos de guardia civil. El Somatén

coopera con la benemérita en cuantos asuntos se ofrezcan, tanto en persecución y detención de malhechores como en ayuda eficaz durante las recolecciones agrícolas.

—¿Está usted satisfecho del desarrollo del Somatén de su mando?

—Desde luego. Estaba ya organizado; pero como no tenía caracter oficial no adquiría el completo desarrollo que ahora está tomando. Pueden calcularse en unas veinticinco las adhesiones que se reciben diariamente.

—¿A qué número de individuos alcanza el Somatén de Madrid.

—Ocho mil; y tenemos unos cinco mil pendientes de aprobación.

—¿A qué aprobación se refiere usted, mi general?

—A los requisitos que se exigen antes de admitir al Somatenista.

—¿No hay cuidado que pueda mezclarse algún elemento pernicioso?

—Para eso precisamente exigimos los requisitos aludidos. Y si por casualidad algún somatén procediese no conforme con su función, sería inmediatamente dado de baja.

—Hemos visto a los somatenes con motivo de

la llegada del Rey a Madrid, de regreso de Italia. Una falta notamos: que no tienen bandera.

—Si señor, la tienen. Lo que sucede es que aún no está jurada. Este acto se verificará el día 3 de Febrero en la Plaza de Armas de Palacio. S. M., pasará revista a los somatenes y el General Primo de Rivera les dirigirá la palabra.

—A propósito del Presidente del Directorio ¿quiere usted decirme que apreciación tiene acerca de su labor?

—Inmejorable. El General tiene unas condiciones y un amor a la patria tan grandes que todos tenemos fé ciega en él. Mucho esperábamos de su actuación; pero es preciso confesar que ha superado a cuantas esperanzas concebíamos.

—¿Cuál cree usted que es la base del engrandecimiento nacional y por tanto la misión del Directorio?

—Que cada ciudadano cumpla con su obligación y trabaje. Esto estaba algo olvidado y por eso se hizo necesaria una situación de disciplina. Todos sabían perfectamente sus derechos; pero descuidaban sus obligaciones. De ese modo caminábamos al desastre y eso no es posible tratándose de nuestra querida España que tantas condiciones atesora para ser la nación que siempre ha sido en la Historia. Por la capacidad de nuestros hombres de talento, por la pericia de nuestros obreros y por la riqueza feracísima de nuestros campos, nuestra nación tiene indudable derecho al engrandecimiento por el cual nosotros velamos.

—¿Cree usted, por lo tanto, que ha sido convenientísimo la entrada de los militares en la dirección nacional?

—Tanto lo creo así que ya ve usted, si no hubiera ocurrido, acaso hoy estaríamos lamentando grandes males. El movimiento comunista que acabamos de hacer fracasar, es posible que se hubiera producido con motivo del procesamiento por el asesinato del Sr. Dato y que los antiguos gobiernos no hubieran sabido evitarlo.

—Si cuando se produjo el admirable y patriótico

movimiento militar ¿cree usted, que tampoco hicieron nada por contrarrestarlo?

—Si hicieron; pero no les sirvió de nada pues ellos pretendían el entorpecimiento y retardo del florecimiento nacional y nosotros, en cambio, no teníamos otra aspiración. El Gobierno se dirigió a la Casa del Pueblo solicitando la huelga general. Pero los obreros con su sentido inmejorable no atendieron tal consejo.

—Le estamos entreteniendo general y por nosotros acaso esté esperándole algún trabajo.

—No crea usted que no lo tenemos. Da mucho que hacer el Somatén.

—Unas últimas preguntas aún, relativas a usted, a su personalidad militar.

—Esas son las que menos interesan.

—¿Ha estado usted varias veces en campaña?

—En Filipinas y en Marruecos.

—¿Fue usted herido?

—Dos veces. En Los Talusit y en Sanmar Zarrora (Kert).

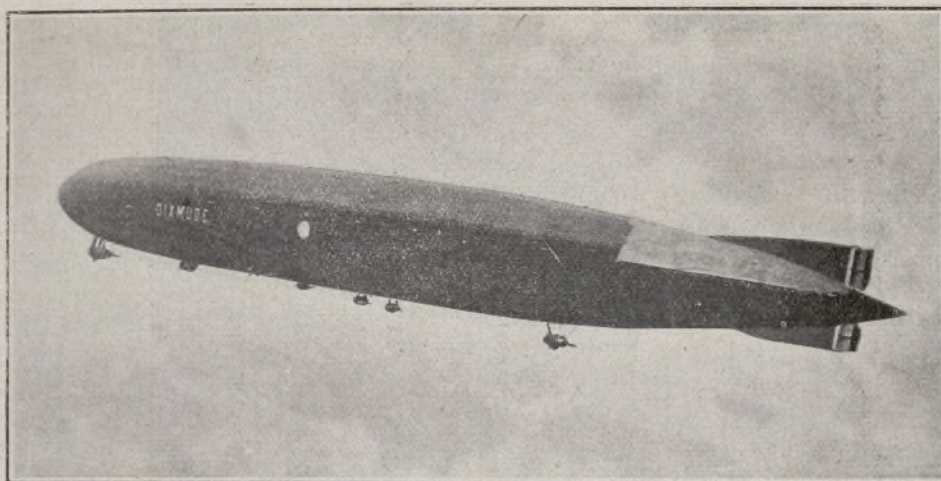
—Esta última operación fue comprometidísima—apunta al teniente coronel Linares—y el general se libró de morir milagrosamente.

Por el iris de los ojos del General Dabán pasaba como un relámpago de entusiasmo. ¡Ah! ¡Qué distinto debe ser para el bravo militar este despacho de luz tamizada, del campo de pelea donde a cada paso se exponía generosamente la vida por la patria:—Ahora la patria le necesita sentado ante la mesa de despacho, en vez de sobre la silla de caballo y el general sacrifica y domeña su heroísmo.

Nos despedimos. Y al estrechar su mano ponemos una emoción sincera de entusiasmo hacia el General Dabán, una de las figuras de más relieve de nuestro Ejército. Si hubieráis visto con cuánto calor hablaba del Somatén y de la misión del directorio y que noble desdén ponía en cambio de las palabras lacónicas que nos dijo al hablar de sí mismo...

JOSE CASTELLON





Ultima fotografía obtenida del «Dixmude» durante el raid, en el curso del cual ha perecido.

LA CATASTROFE DEL «DIXMUDE»

En el número de ARMAS Y LETRAS, correspondiente al 30 de Octubre último, hicimos una información sobre el primer «raid» aéreo del Dixmude, zepelín entregado por los alemanes a Francia, en cumplimiento del Tratado de reparaciones de Versalles.

Enumerábamos el cambio de su titular, que de L-72 pasó al nombre de Dixmude, y sus pormenores de volumen, dotación, radio de acción y sus características. Así mismo se daba cuenta a nuestros lectores del «raid» ejecutado por este aparato, de 9.000 kilómetros, desde Tolón, por encima de Barcelona, islas Baleares, Orán y Argel, hasta alcanzar la altura de Ajaccio, batiendo el record francés del vuelo sin escalas.

Como se sabe por la prensa mundial, verificado un segundo «raid» en vista del éxito del primero, el Dixmude ha sido víctima de una catástrofe, habiendo perecido su comandante el Sr. Du Plessis y toda la tripulación. Los restos del primero, encontrados en aguas italianas, fueron conducidos a Nápoles y después a Tolón, donde le fueron rendidos los honores militares que correspondían a un tan gran héroe. En estos momentos todavía se hallan investigando las causas de la catástrofe y buscando los restos del aparato, siendo en esto bastante contradictorios los telegramas recibidos de Italia. Parece ser que el depósito de gasolina se hallaba a unos cincuenta metros sobre el fondo del mar, a tres millas del Sur de San Marcos, y que en Bizerta ha sido hallado el aparato en cuyas barquillas fueron encontradas notas escritas con lapiz, cuyo texto aún se desconoce, que se supone fueron escritas precipitadamente por los

tripulantes del aeronave, y que acaso aclare el incógnito que envuelve la catástrofe.

El «raid» maravilloso del Dixmude que, saliendo de Cuers, cerca de Tolón, recorrió, durante 108 horas, por encima del Mediterráneo y Africa del Norte, ha causado sensación en todas las naciones y llamado la atención pública sobre el papel que estos dirigibles rígidos estén llamados a jugar en el porvenir de la aviación.

Todos los países tienden sus esfuerzos a la supremacía de la navegación aérea. Los Estados Unidos han obtenido de Alemania que ésta les construya un soberbio aeronave, en los talleres de Friedrichshafen, del tipo del malogrado Dixmude.

La marina francesa también se dispone a hacer construir en el curso del ejercicio del presente año, su primer dirigible rígido, pues como se sabe con el Dixmude poseía otro, el Mediterráneo, antes Nortstern, pero eran de propiedad y fabricación alemanes, entregados para cumplir el Tratado de reparaciones.

Los zepelines han rendido a Alemania durante la guerra, servicios preciosos, notablemente en la ayuda que prestaron a las fuerzas navales del mar del Norte y en los bombardeos de noche de Londres y costas inglesas. A una de estas máquinas fué confiada la misión de transportar oficiales, armas y medicamentos al Este africano.

Extendido este medio de locomoción aérea, en tiempo de paz, líneas de dirigibles pueden asegurar el transporte del correo, de pasajeros, y, en ciertos, casos de mercancías de poco peso. Podrán crear los ingleses la línea de las Indias, los ame-



El «Dixmude» con su tripulación en el hangar antes de iniciar su último viaje.

ricanos la línea Hamburgo-New-York—como lo harán cuando inauguren su dirigible rígido—los franceses su unión con sus colonias africanas, y nosotros, el enlace con la América del Sur.

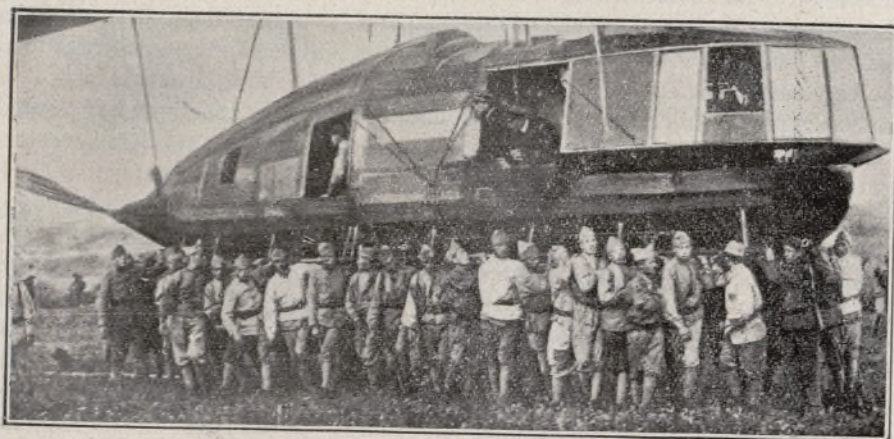
Una ligera idea de estos aparatos rígidos puede darse a nuestros lectores, describiendo algunos particulares del que se está construyendo en Alemania para los Estados Unidos: Su volumen es de 70.000 metros cuadrados; su fuerza ascensional de 81.000 kilos. Lleva cinco motores de 400 caballos cada uno, que pueden imprimir una velocidad de 122 kilómetros a la hora. Lleva cabinas para el piloto y pasajeros; además otra herméticamente cerrada para la telegrafía sin hilos y la telefonía. La cabina de pasajeros tiene tres compartimentos, dos de los cuales pueden servir de noche para el descanso, como en los coches camas de ferrocarriles. Lleva también cocina ali-

mentada con aparatos eléctricos y un «buffet» con el confort necesario. Todas las piezas reservadas a los pasajeros, tienen un dispositivo especial de aireación que introduce en las cabinas el aire fresco y corriente del exterior. Una plataforma se extiende a todo lo largo del aeronave que permite pasear por ella y que encierra en depósitos colocados debajo, los comestibles y mercancías. El esqueleto del dirigible es de aluminio endurecido, pero de una gran ligereza.

Catorce globos van en el interior del esqueleto y envoltura, con una forma especial y fabricados de seda. Cada uno de ellos tiene su válvula automática.

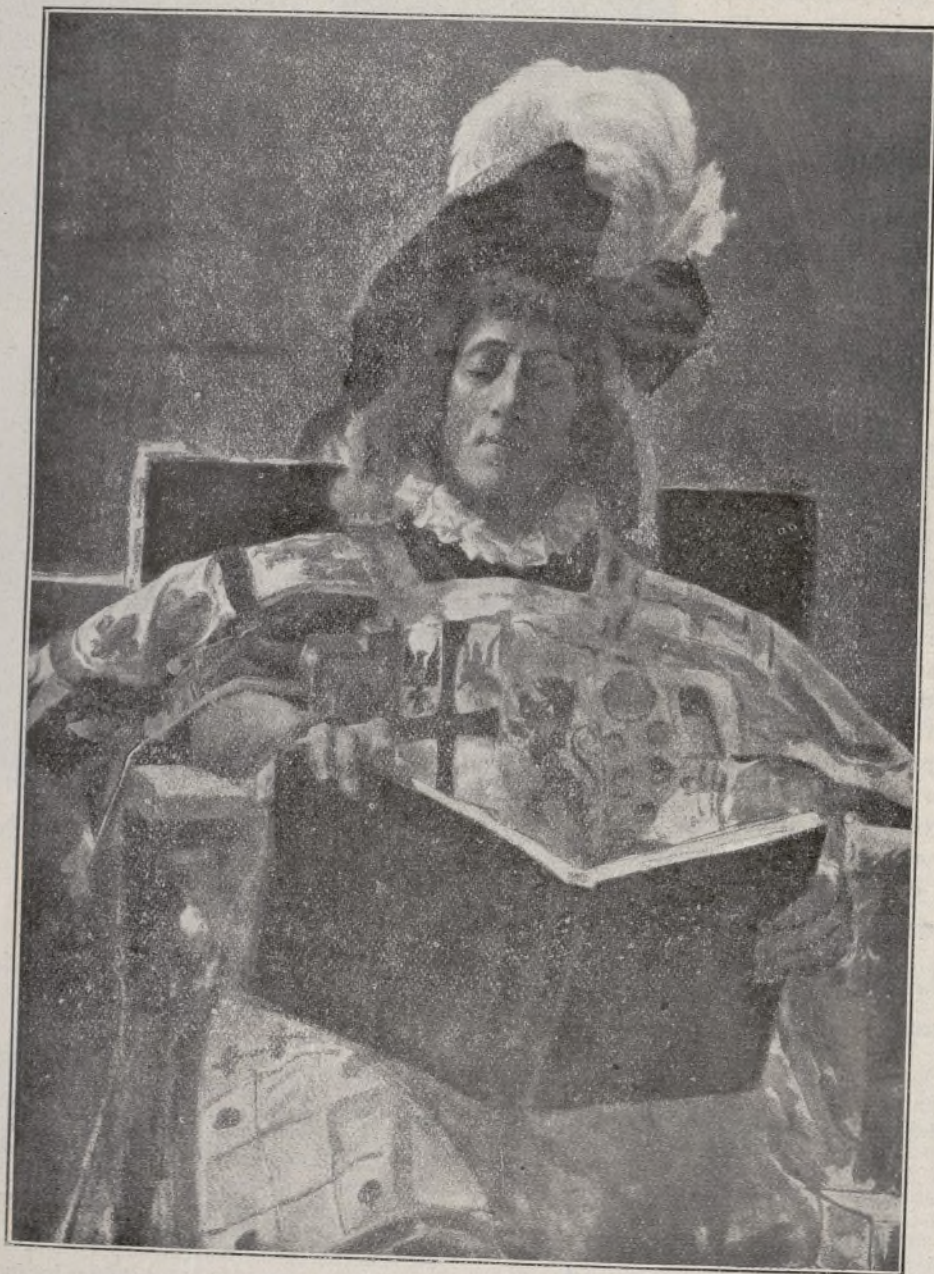
Para producir la corriente eléctrica necesaria al alumbrado y a la cocina, se ha previsto un generador accionado por la corriente de aire que provoca el dirigible y por una pequeña batería de acumuladores.

Nada se ha dejado, en fin, en lo que concierne a los aparatos de mando y de dirección, dispositivos de anclaje y aterrizaje, y se han tomado las precauciones más minuciosas para que las maniobras se efectúen con seguridad y prontitud.



La tripulación del dirigible que ha perecido en la catástrofe.

PAGINA DE ARTE



REY DE ARMAS: por A. FABRES.



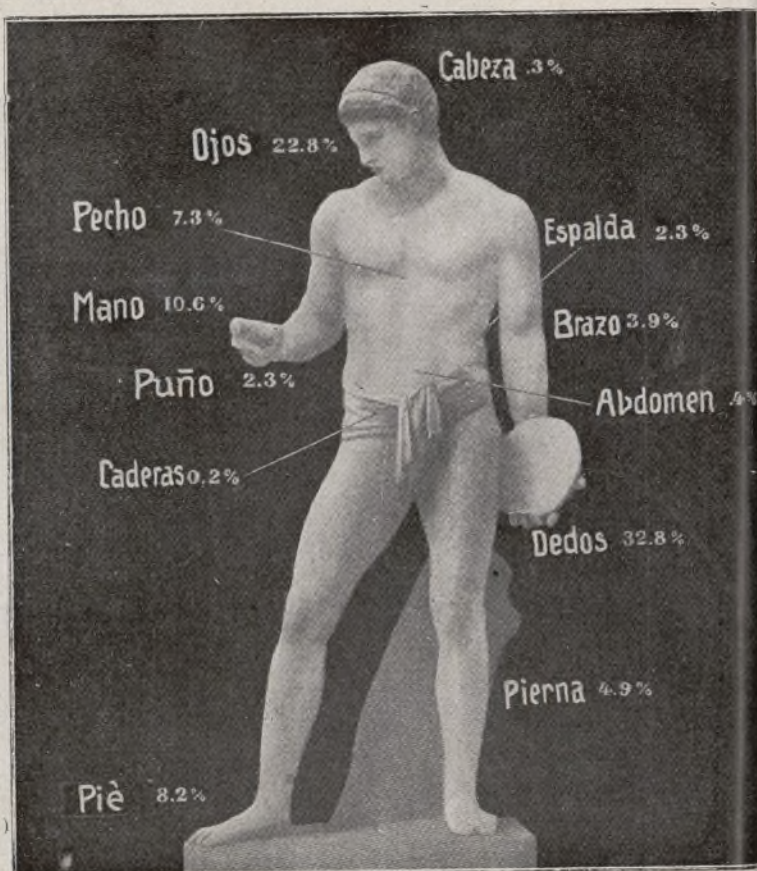
Las heridas en el cuerpo humano

¿Cuáles son las partes del cuerpo humano que reciben más heridas; en el curso de su vida normal?

Del examen de 18.000 individuos se ha establecido el siguiente término medio: los estadísticos americanos dan los porcentajes que se inscriben en la figura del grabado. Es una excelente indicación que nos incitará a proteger mejor los miembros tan expuestos accidentalmente. Los dedos y las manos batan el record de las lesiones, cosa lógica si se tiene en cuenta que son las partes del cuerpo que se utilizan con más frecuencia; y vienen enseguida los ojos, con un tanto por ciento bien subido. El tronco y las espaldas hasta la cintura, reciben muy pocas heridas, a pesar de la gran superficie que presentan. Siguen después, como más vulnerables, las extremidades inferiores. Nuestros pies, aún

cuando van revestidos de verdaderas defensas de cuero, como son las del calzado,

reciben cerca del 8 por ciento de las heridas totales.



LA TEMPESTAD

— FACETA —

El viento ha cesado. Las nubes, que durante muchas horas habían corrido de un lado a otro sus oscuras masas, permanecen inmóviles. Hacia el norte, un gran desgarrón permite observar un trozo azul. El sol, que cae a plomo por aquel tragaluz, es pálido; alumbra los bordes de las nubes con luz débil, como asustada de los horrores que va a presenciar. En la playa, mueren sin ruido olas sin empuje, sin altura; parecen desmayadas; la vida poderosa del mar late en las profundidades; pero no se advierte en la superficie. Los pájaros, presa de espanto, advertidos por su instinto, vuelan sin fuerza, buscando un refugio seguro. Los reptiles asoman su chata cabeza por los agujeros de sus guaridas, curiosos de presenciar el espectáculo que prevén, alarmados por la calma tremenda que reina en torno. Los hombres se han encerrado en sus casas, y los pocos que transitan, procuran ganar cuanto antes su morada.

De pronto se oye hacia el sur un rumor formidable

que se acerca poco a poco. Confuso y apagado, crece intensidad a cada momento. El ruido de cien trenes artillería, el que produjera la marcha de un ejército entero sobre un terreno hueco, sería menos poderoso que un chasquido estridente, pavoroso, domina el formidable coro. El tragaluz que había al norte se cierra. Muévense pausadamente las masas de las nubes, caen sobre el suelo abrasado gruesas gotas de lluvia. El ruido se acerca más y más, crece sin cesar.

Una ráfaga de viento hace doblar los troncos más bustos y arranca de cuajo los que intentan resistir. La superficie del mar, antes lisa y unida, se hincha y quiebra en olas desmesuradas que barren cuanto hay en la playa, arrancan rocas seculares, derriban edificios van al asalto de la tierra. La luz cárdena del rayo, ilumina aquella escena de desolación, las nubes vuelan sus cataratas. La tempestad reina sobre la tierra.

“LA BATALLA”

en el
CINEMATOGRAFO

DEL CAPITULO DE CURIOSIDADES

Una película hecha con el concurso de la Marina de Guerra francesa

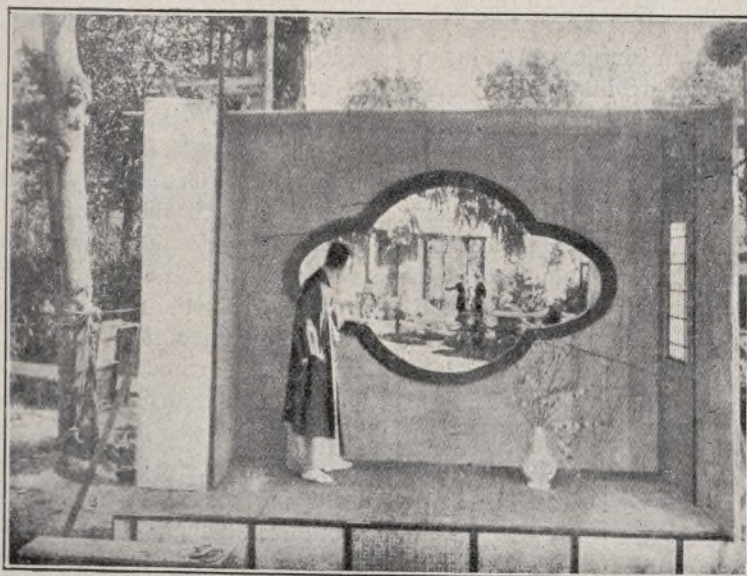
Como se sabe, «La Batalla» es uno de los libros mas célebres de Claudio Jarrère. Por la primera vez un novelista miraba el Japón con visión distinta a los artistas y turistas que le atravesaron. Olvidó la poesía de *Madame Chrysenhème* para descubrirnos un pueblo extraño y sorprendente, que se conserva todavía en la edad media y en la emulación del progreso con las naciones europeas, su alma ancestral. Detrás de la visión moderna, real y engañosa a la vez, que se ha verificado en cincuenta años de evolución, posee todavía la tradición milenaria y, por encima de todo, la exaltación patriótica y la xenofobia, que no pueden destruir toda la política ceremoniosa y todo el escepticismo oriental. Una intriga patética, mezclando lo salvaje de la guerra al frenesí del amor, predestinaba la obra a la adaptación escénica. El éxito obtenido por la adaptación ingeniosamente sacada de la novela por Pierre Frandaie, primeramente en el teatro Antonio y después en el Odeón, hizo que se intentara reproducir «La Batalla» en el cinematógrafo francés en condiciones curiosas y que merecen ser citadas.

Un proyecto de escenario, había sido establecido hace algunos meses, por Vandal y Violet, de la Sociedad Aubet y que fué aprobado por el autor de la novela, Claudio Jarrère. Para desempeñar los dos principales papeles era preciso buscar japoneses auténticos y que fuesen al mismo tiempo artistas. La América los poseía: eran Sessue Hayakawa y su mujer Suru Hayakawa, que es también una estrella del ecrano. El héroe de *Jor-*

faiture bien podía hacer un exacto marqués Iori-saka. Vadal partió para Nueva York en el mes de Junio y contrató por tres meses—del 15 de Julio al 15 de Octubre—a los dos protagonistas de la obra. Para los que se extrañan de las cantidades que ganan estos artistas del cinema, diremos que fué necesaria, para obtener esta doble colaboración, la suma de 50.000 dolars, sin contar gastos de viaje, ida y vuelta, que hace subir la cifra a cerca de un millón.

Después por consejos de especialistas americanos el escenario primitivo fué profundamente modificado. Se trataba, en efecto, de obtener una

cinta internacional, en que jugaran papel primordial dos naciones, el Japón y los Estados Unidos, y era necesario obrar con mucha discreción, para no herir susceptibilidades de una y otra. Claudio Jarrère dejó bastante amplitud a los artistas en la interpretación y de esta autorización usaron



He aquí una escena de la obra en el interior de un jardín; la parte central del decorado es sólo el campo del objetivo cinematográfico.

largamente pero sin cambiar la esencia de la novela.

Imaginaron un prólogo en cada parte de la cinta, cosa que no estaba en la obra. La acción se desarrolla con motivo de los incidentes de Hull, que como se sabe, marineros ingleses fueron bombardeados por un navío ruso, en el mar del Norte, hace una veintena de años, lo que provocó la guerra entre las dos naciones: la inglesa y la rusa. En las escuelas japonesas todavía se enseña hoy que el ataque fué provocado por espías japoneses, mezclados con las tripulaciones de Rusia. Buscando como pretexto la orden del almirante Togo,



Sessue Hayakawa (el marqués Jorisaka) y su esposa Suru Hayakawa (la marquesa), en una escena de «La Batalla».

ellos hubieran suscitado un conflicto entre las dos naciones europeas, para debilitar al enemigo, contra el cual su país sostenía entonces una guerra sin cuartel. Al marqués Jorisaka se le ha presentado como uno de estos espías, lo que permite hacer sensible el ardor fanático de su patriotismo.

Otra innovación fué introducida en las escenas: en la novela de Claudio Jarrère, el marqués Jorisaka, cae herido de muerte, en plena batalla. En la cinematográfica adaptación sólo cae herido levemente. Cuando se emplea un actor del valer—en todos los sentidos del término—de Sessue Hayakawa no se comete la heregía de suprimirle antes del último metro de película. He aquí por qué el héroe japonés muere en su casa, al lado de su esposa, lo que nos vale, desde luego, una escena patética.

Cuando se hubo excogido a los principales intérpretes de los papeles europeos, se preocupó de buscar verdaderos japoneses para la completa adaptación escénica. Hubiera sido muy costoso hacerles venir del extremo Oriente. París felizmente poseía un gran número, particularmente en el barrio Latino y en el Momparnaso. Estos son en su mayor parte, pintores y estudiantes. Se les solicitó su concurso y aceptaron con entusiasmo. El sentimiento patriótico, no fué extraño a su aceptación. Fueron disfrazados de marineros, de gentes del pueblo, de servidores, de comerciantes y de nobles. Entre todos, se reunieron cerca de ciento cincuenta. Hay que confesar que entre ellos iban confundidos algunos chinos ¿pero en la pantalla, cómo diferenciarlos?

Fué instalado en el estudio de Neuilly un taller de vestidos y accesorios, bajo la dirección de Sessue Hayakawa. Se reconstituyó escrupulosamente una calle de Nagasaki, la colina de las Tres Luces y todos los interiores de habitaciones. Pero la parte más importante de la cinta no podía ser desarrollada más que sobre un acorazado. Por buena fortuna, los navíos de guerra franceses se parecen en casi todas sus partes a los de guerra del Japón. Se acudió al Ministerio de Marina y se encontró por la parte del Ministro y algunos célebres marinos la más favorable acogida; así se puede decir que la cinta de «La Batalla» ha sido hecha con el concurso de la marina francesa.

El almirante Solaun y después su sucesor, el vicealmirante Dumesnil, suministraron todos los elementos de ejecución. En el mes de Agosto se hicieron todas las operaciones marinas: entradas en rada, fuego de cañonería, cargamento de cañones, maquinaria, etc. Una formidable instalación eléctrica fué necesaria a este efecto. Se operó en el acorazado *Bretaña* y, sobre todo, en el *Jean Bart*, revelándose como un gran experto *metteur* de escena el capitán de navío Roberto. Las maniobras fueron ejecutadas por marinos franceses, secundadas admirablemente por los figurantes japoneses, de modo que la ilusión fué completa. Hasta ahora, por razón de la poca luz dentro de los acorazados, no habían sido cinematografiados los interiores de ellos. Esta película, tiene por lo tanto, un interés documental excepcional y es por ésto, por lo que la marina francesa ha prestado todo su apoyo.

La abundancia de los permisos que se conceden a los marinos en el mes de Agosto, impedía pudieran hacerse algunas escenas de la obra, con una salida general de la flota. Era preciso esperar a

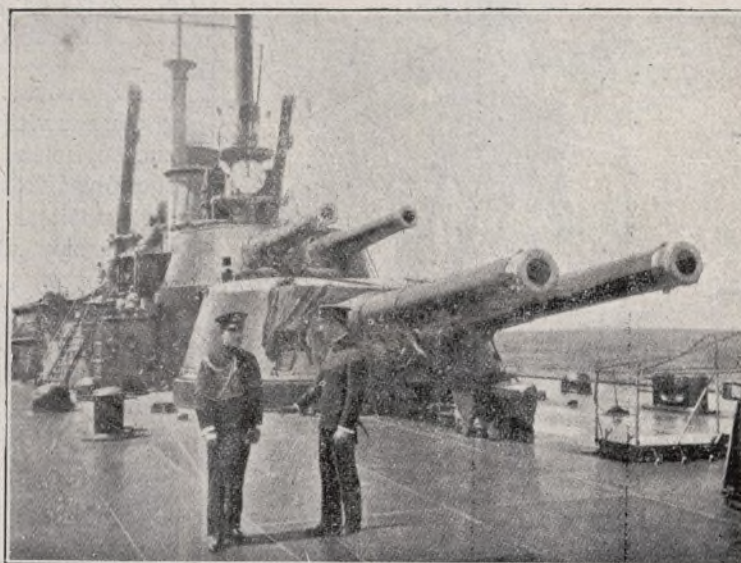


Una torre de 340... en madera pintada, en el estudio; al fondo una pantalla figurando el mar.

Octubre para poderlas ejecutar. Una orden del contra-almirante Dumesni hizo diferir estos permisos; es, sin duda, la primera vez que el cinematógrafo puede enorgullecerse de una tal influencia sobre grandes maniobras...

Sin embargo, algunas escenas no pudieron ser interpretadas dentro de los barcos, por no abusar de la hospitalidad de los marinos, y se hicieron en el estudio de Neully, como la reconstitución exacta de una playa, de una torre con un cañón del 340, en madera, y la ilusión de las explosiones de los tiros, artificioamente movidos los humos por la hélice de un aeroplano.

Al fin fué terminada la película en la fecha prevista: el 14 de Octubre. Sessue Hayakawa, no se contentó con desempeñar el papel principal, sino que dirigió las escenas, disfrazando él mismo a los figurantes, cuidando de los menores detalles del decorado y de los trajes, dando a los actores las indicaciones precisas sobre sus papeles, sus expresiones de fisonomía y sus actitudes. A su competencia cinematográfica se unía por otra parte otra no menos útil: había sido antes *midsip* de la marina Japonesa.



Una escena filmada a bordo del Jean-Bart: A la derecha Sessue Hayakawa de oficial de la marina japonesa.

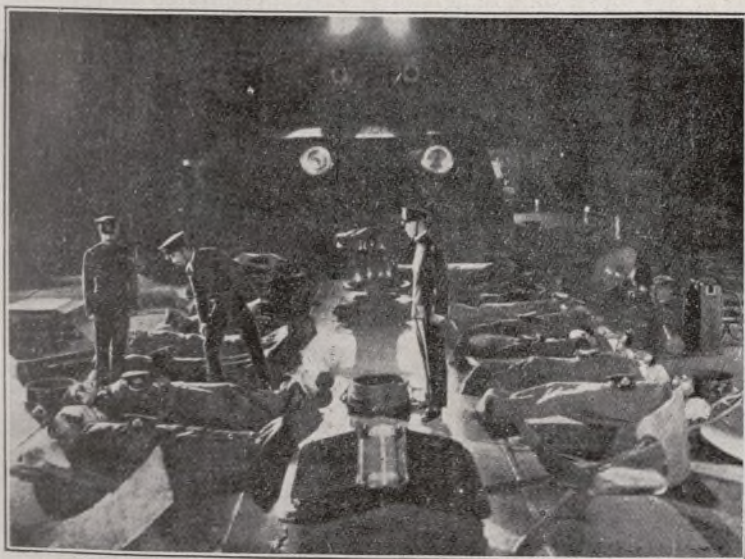
Tal es la historia de *La Batalla* en la pantalla. Se han impresionado 50.000 metros de película, de los cuales 10.000 son escenas reales de la Marina. Bien pronto esta película será vista en todo el mundo y sostendrá seguramente la reputación cinematográfica que merece.

Al dar nosotros cuenta de esta cinta, nos mueve hacer comprender a nuestro público la importancia, *casi militar*, que encierra, pues debemos creer se trata

de una propaganda de la marina francesa, pues al exhibir sus barcos de combate, al impresionar las escenas en ellos, se ha puesto un especial cuidado a fin de que se realce su poderío naval.

Hasta este extremo conduce el patriotismo de la nación vecina, digno de alabanza, que no perdonan medio de ensalzarse, pues tan solo a este fin puede tacharse la colaboración, facilidades y apoyo oficial prestado a la Empresa cinematográfica.

Documento interesante, excepcional de la marina de guerra francesa, calificamos nosotros a esta cinta, única en su clase, que lleva el control oficial, y que a excepción de pequeños detalles, ha sido tomada en la flota francesa.



La emocionante llamada a los muertos, después de la batalla: Escena hecha a bordo del Jean-Bart, en Tolón, con el concurso de los figurantes japoneses.



La mosca tse-tsé, (glosina) agente trasmisor de la enfermedad.

Los diarios mundiales anuncian que una misión inglesa, equipada por la Asociación de Estudios de las enfermedades propicales, se trasladará muy pronto al Africa central, al objeto de investigar las causas de la enfermedad del sueño. Esta misión debe visitar el Congo belga, la Nigeria, la Rodesia, la Uganda y el Sudan (donde con mas intensidad azota esta enfermedad). Se trata de una expedición que no durará, creése, menos de dos años y que es dirigida por dos médicos eminentes del Servicio médico de Uganda.

Se ve que se preocupan los sabios de luchar contra esta enfermedad, pintoresca por su nombre, pero terriblemente devastadora, que amenaza despoblar importantes territorios y cuyos efectos no cesan de extenderse. No podemos contentarnos con decir que es una de las enfermedades tropicales. Las relaciones entre metrópolis y colonias, entre blancos y negros han venido a ser tan estrechas que privan al europeo de estar al abrigo del peligro. Es posible que estos médicos hayan encontrado, en su clientela, sujetos que hayan contraído esta enfermedad en Africa. He aquí la razón para que indaguemos las causas y orígenes de esta enfermedad y su tratamiento.

Como se transmite la infección.

La enfermedad del sueño es el tipo de infección transmitida por insectos. La responsable, esta vez, es una mosca comun, un poco mas pequeña que la nuestra. Su nombre vulgar es tse-tse y este nombre recuerda sencillamente el ruido particular que hace al volar. Científicamente se la llama *glosine*. Está fordidamente armada de estiletes agudos y el conjunto constituye la trampa que el animal lleva horizontalmente delante de él. En reposo las alas transparentes se prolongan sobre la espalda como las ramas de unas tijeras. Este insecto no vive más que en las regiones calientes y húmedas, en comarcas de mucha vegetación y en la vecindad

DEL AFRICA CENTRAL

LA ENFERMEDAD DEL SUEÑO

de los arroyos. Machos y hembras chupan la sangre de sus víctimas que escogen, y que son, según el caso, hombres o animales. En el curso de esta succión es donde verifican la transmisión, de un ser parasitario a un ser sano, de gérmenes que son propiamente los agentes infécciosos: los *trypanosomes*.

Trypanosome, quiere decir que tiene el cuerpo en forma de barrena. La palabra explica muy aproximadamente su imagen. Este animal microscópico, que mide unas 20 milésimas de milímetro de longitud, posee un cuerpo alargado constituido por una sola célula encorvada, con un núcleo central y terminada por un largo filamento o *flagela*, que es como la parte terminal de una membrana, que corre a todo lo largo de la célula, describiendo graciosas ondulaciones. Tal es, en las dos formas mas conocidas (*trypanosome* de Gambiá y *trypanosome* de Rodesia), el parásito que determina la enfermedad del sueño. ¿Dónde le encuentra la mosca tse-tse para transmitirlo? Desde luego en el hombre ya contaminado, y en muchos animales; antílopes, conejos etc. En muchos animales se albergan estos peligrosos huéspedes, sin producir ningún mal; en cambio otros como el hombre, los sufren cruelmente.

No es necesario insistir mucho sobre el proceso de la inoculación. La *glossine*, chupando la sangre de uno de estos portadores de gérmenes, con su poderosa trompa absorbe los *trypanosomes* que contiene. Pasan a su cuerpo, donde encuentran, metamórficamente hablando, su nido, y en él se reproducen, saliendo por la trompa de la mosca; cuando esta va a picar a un individuo, ma inoculándole algunos de estos jóvenes *trypanosomes*, que no tardaran en señalar su presencia.



La mosca tse-tsé, en disposición de clavar su aguijón; su abdomen se dilata en este momento y chupando la sangre de su víctima, le inocula el germen *trypanosoma*, causa de la enfermedad del sueño.

El estudio de la enfermedad

Es relativamente reciente la reconstitución y estudio del ciclo de este parásito. No hace más de una veintena de años que Forde y Dutton descubrieron los primeros *tripanosomes* en la sangre de un hombre que, cosa curiosa, era blanco. Después se han multiplicado estos descubrimientos y en 1908 Leboeuf y Roubanol mostraron el papel predominante de la mosca *tsé-tsé* en la transmisión del parásito. Entre los médicos que se distinguieron en este interesante estudio merecen citarse, Manson, Broden, Brumpt, Christy, Luis Martín, etc.

Aunque se ha esperado mucho tiempo para descubrir a los autores de esta enfermedad del sueño, ya se conocía, desde 1734, la *letargia de los negros* descrita primeramente por Atkins.

No merece esta enfermedad llamarse del sueño, más que en su último periodo. Hasta entonces ningún síntoma de este sueño es apreciable. En el debut de las exploraciones, se creyó que se trataba de una de las enfermedades distintas, en presencia de los *tripanosomes*, la una que correspondía a la primera

fase, la de la fiebre y la otra al estado letárgico del enfermo. Se ha visto después que no es más que el proceso de una sola enfermedad. De una manera arbitraria, aunque exacta, se puede admitir que la primera fase corresponde a la presencia del microbio en la sangre y la segunda a un adormecimiento, por este parásito, del sistema nervioso del enfermo.

Un hombre es inoculado por la mosca *tsé-tsé*

Supongamos un hombre a quien la *tsé-tsé* ha atacado inoculándole el *tripanosome* en el curso de la picadura. Pasa algún tiempo sin sentir los efectos del microbio: una docena de días, si es un blanco o dos meses, propiamente, si es negro. Comienzan al cabo de este tiempo, a aparecer los primeros síntomas, que no tienen nada característico. Fatigado, débil, perezoso se siente el individuo contagiado y sobre todo, la fiebre aparece, generalmente hacia la noche, confundiendo muy

facilmente con los accesos palúdicos, pero sin ninguna eficacia en ella de los sueros y la quinina. Esta fiebre permanece durante algunos días, durante los cuales marca el termómetro alrededor de los 40 grados; se apacigua para reaparecer después de un breve tiempo. El pulso es rápido, la respiración acelerada. Por todos los miembros, pero particularmente en el cuello y por debajo de las clavículas, aparecen ganglios de mediano grueso, que dan, cuando se les palpa, una sensación de fruta madura. El bazo aumenta de volumen, el rostro es cubierto por edemas y la piel se cubre de erupciones de aspectos diversos, rojo violáceo en el blanco y manchas pálidas, en el negro.



Trypanosoma, germen del mal.—Este germen está constituido por una sola célula terminada en una cola o flagela.

Los músculos ponen una sensibilidad tal que a una ligera presión el enfermo da gritos de dolor. Durante meses y a veces años, las cosas permanecen en este estado. Tiene periodos en el curso de los cuales parece que ha desaparecido la infección y se creería curado al sujeto, pero bien pronto una serie de accidentes anuncian el segundo y último periodo.

El proceso de la enfermedad

La fiebre, desde luego, continua formando el fondo

del cuadro pero nuevos síntomas vienen a añadirse a los antiguos, aumentados en intensidad. La infección mina más y más al desgraciado organismo. De día en día el cuerpo va enflaqueciendo, males de cabeza atacan al enfermo exasperándole, que su debilidad acentúan; sus miembros tiemblan, algunas parálisis hacen cesar sus movimientos y las contracturas deforman sus piernas y sus brazos. En fin aparece el sueño que no hará más que intensificarse hasta el último día de este condenado.

Esta es la verdadera enfermedad del sueño. Este hombre sin fuerzas, verdadero esqueleto humano, se duerme, cerrando los ojos y dejando caer la cabeza en la almohada, en el debut del sueño parece ofrecer alguna resistencia y se entrega a alguna ocupación para vencerle; más tarde, no puede más.

El hambre mismo no le saca de su estupor y

muere, al fin, como un niño. Los accesos del sueño vienen a ser cada vez más frecuentes hasta el momento que no es más que una letargia continua y en este estado sucumbe, después de haber pasado durante unos meses un largo martirio. Quizá la enfermedad del sueño exista en algunos puntos del Brasil. Los enfermos observados en las Antillas, eran negros que estaban ya contaminados. En suma, la sola patria en que existe esta afección de una manera permanente es Africa. Reina en los territorios en que vive la mosca *tsé-tsé*; en el Níger; en los grandes lagos Victoria-Nyanza y Tanganyka; en la Zambeza y al Oeste en el Océano, sobre las riberas del cual este insecto se propaga de un modo extenso. Los grandes centros infectados por este insecto, se encuentran en Gambia, Guinea, Sierra Leona, Costa del Eban, en el Camerón, en la Uganda y, sobre todo, a lo largo del Congo. Esto representa una gran extensión del país.

¿Cómo preservarse?

¿Qué hacer contra esta aterradora enfermedad? Impedir tanto como sea posible su propagación; preservarse contra él, buscando medios para ello, bien sean individuales, como usar velo o casco y guantes, o bien sociales, llevando a los campos de concentración (la expresión oficial son «campos de acción») los individuos atacados, para impedirles emigrar a regiones indemnes. En cuanto a destruir el insecto portador del microbio, es empresa quimérica; tanta como suprimir en absoluto las moscas que a nosotros nos rodean y se acumulan en el interior de nuestras habitaciones.

Se ha buscado en vano el animal protector de que habla Rouband y que fuera el aliado del hombre para destruir la mosca *tsé-tsé*. Quizá la misión inglesa resuelva el problema. Entre tanto no hay más que buscar remedio para los atacados.

El tratamiento de las enfermedades

Hasta ahora el único tratamiento que ha dado resultados satisfactorios ha sido administrar al



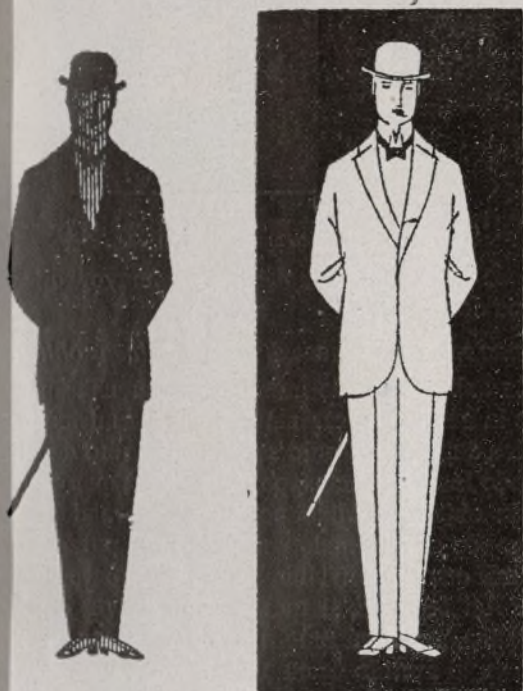
Antilope portador del germen trypanosoma.—Si la mosca *tse-tse* pica al hombre, le inocular el germen que contiene la sangre del animal contaminado.

sujeto enfermo el anilarsinato de sodio o atóxico de gran valor curativo. No tiene más inconveniente que la delicadeza de su manejo.

Los médicos coloniales han encontrado en este remedio aplicación eficaz, produciendo alivios inmediatos y, en algunos casos, curaciones completas. Su eficacia depende principalmente del modo en que se encuentre el enfermo al serle ministrado. Si los parásitos han empezado a atacar el sistema nervioso del individuo, ya curaciones son muy raras. La medicación es entonces ineficaz; el parásito se disimula en rincón en que el medicamento no le persigue y la enfermedad del sueño hace una nueva víctima.



: ILUSIONES OPTICAS :



El fenómeno de irradiación.—En nuestra retina los rayos «claros» hacen no ver bien los rayos oscuros. La figura blanca que se destaca en fondo negro, parece siempre más grande que el objeto oscuro sobre fondo blanco.

sión; induciendo a error y a veces a error bastante grave.

Así, sabemos que para teer la imagen reflejada de alguna cosa es necesario un lago o las aguas de un río; sabemos también que los árboles, casas y objetos se muestran por reflexión y en una posición invertida cuando se encuentran al borde de un agua tranquila, que juega aquí el papel de espejo. Por consecuencia, cada vez que vemos producirse este fenómeno de la reflexión aparente, concebimos enseguida la existencia de una superficie de agua, que es indispensable para producir este efecto como es indispensable un grado de sequedad en el aire en las zonas tórridas para producir el fenómeno del *espejismo*. Este fenómeno es el que engañó a los soldados de Bonaparte, en la expedición de Egipto, ellos esperaban encontrar un agua bienhechora y no encontraron, al aproximarse, más que la arena árida del desierto que calentando las capas de aire, daban una imagen invertida de palmeras y pirámides.

Influencia de lo que rodea a los objetos y de la perspectiva.

Al apreciar las dimensiones de los objetos exteriores, formados juicios a menudo muy erró-

Ilusiones! ¿No resume esta palabra toda nuestra existencia?

En la vida, en toda nuestra vida, en efecto, no hay mas que ilusiones. Pensamos poseer la dicha, ponemos todos los medios para lograrla, creemos poseerla ya, y se nos escapa... Queremos poseer la verdad y es el error el que se manifiesta. Y no es el hombre sólo el que tiene manifestaciones de estos sueños o ilusiones, que no son más que *desilusiones*, al fin y al cabo, sino que la naturaleza también ofrece manifestaciones y ejemplos permanentes de esta clase en el dominio de las cosas reales.

Creemos ver lo que no es; observamos apariencias que son bien diferentes de las realidades.

Tales son las apariencias engañosas que constituyen las *ilusiones de óptica*, debidas a falsas «directivas» de nuestro órgano visual.

Nuestros ojos, en efecto, juzgan normalmente de la forma, de la dimensión o de la distancia de los objetos exteriores en tanto se encuentran en condiciones normales en que acostumbramos a verlos, pero cualquier alteración, por pequeña que sea, tiende a modificar el cuadro de nuestra vi-



Las líneas paralelas.—Colocadas las líneas horizontalmente, parece la figura más alta. Por el contrario, este conjunto parece más ancho si están colocados verticalmente.

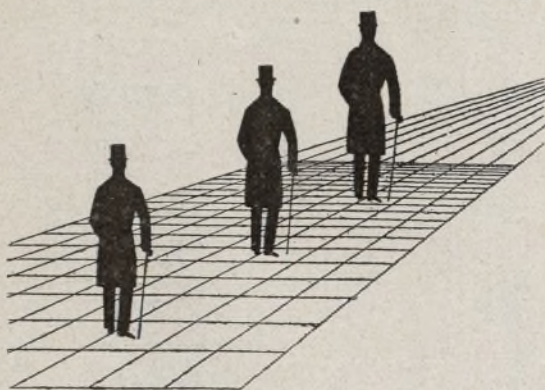
neos, conforme a la dirección de las líneas o de los cuerpos que los rodean.

Por ejemplo: un cuerpo de un color oscuro colocado en un fondo muy claro, nos parecerá más pequeño; y es que los rayos luminosos enviados por el fondo claro impide ver normalmente los más sombríos al formar la imagen en el fondo del ojo, o sea nuestra *retina*, que no es más que como la placa sensible de los aparatos fotográficos. Este es el fenómeno que los fisiólogos designan con el nombre de *irradiación*.

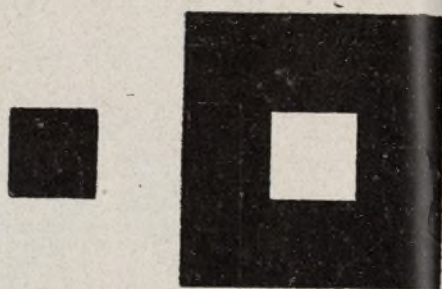
Inversamente un objeto claro destacándose sobre un fondo oscuro parecerá más grande. Los dos cuadrados que se representan en el grabado, el uno blanco sobre el fondo negro y el otro negro sobre el fondo blanco, son rigurosamente idénticos; sin embargo, el cuadrado blanco parece más grande que el negro; lo mismo ocurre en las dos siluetas del elegante «gentleman».

Las dimensiones aparentes dependen de la distancia a que estén colocados los objetos que miramos y a la *perspectiva* que ha habituado al ojo a ver converger, hacia el horizonte lejano, líneas que son, sin embargo, paralelas entre sí.

Esta convergencia hacia el horizonte, esta *huida* de las líneas paralelas que observamos en las estaciones, y en los railes de las vías férreas, ha entrado de tal manera en el hábito de nuestra visión que si a la inversa, enviamos líneas para que se convengan en un punto, concebimos que este punto está alejado de nosotros. Y si en estas condiciones un objeto se encuentra a esa distancia así estimada, le vemos más pequeño, de lo que en realidad es. De suerte que si el objeto tiene el mismo tamaño que en el primer plano, nos parecerá mucho más grande. Es el caso de los tres hombres que aparecen en la figura, que son iguales de tamaño y parece el último por la convergen-



La convergencia hacia el horizonte.—Por el hábito que tenemos de ver más pequeños los objetos que están alejados, parece verse en este grabado que la figura última es más grande que la delantera, siendo los tres de la misma talla.



He aquí como el fenómeno de irradiación hace ver más grande el cuadrado blanco sobre el fondo negro.

cia de las líneas del suelo, algo mayor que los otros dos.

Líneas sencillas, líneas divididas y líneas oblicuas

La subdivisión de una línea en muchas partes nos la hace aparecer más larga y lo mismo ocurre en los ángulos; cuando se subdivide uno de ellos, siendo los dos rectos, parece mayor que el otro.

Un objeto dividido por líneas paralelas al largo de su dimensión mayor, nos parece más grande que si lo dividimos en sentido perpendicular. Así también, si una persona lleva vestimenta rayada, parecerá más alta si las líneas o rayas van en el sentido de su altura y más baja si van al través o perpendiculares a su talla, como se ve en la dama del grabado.

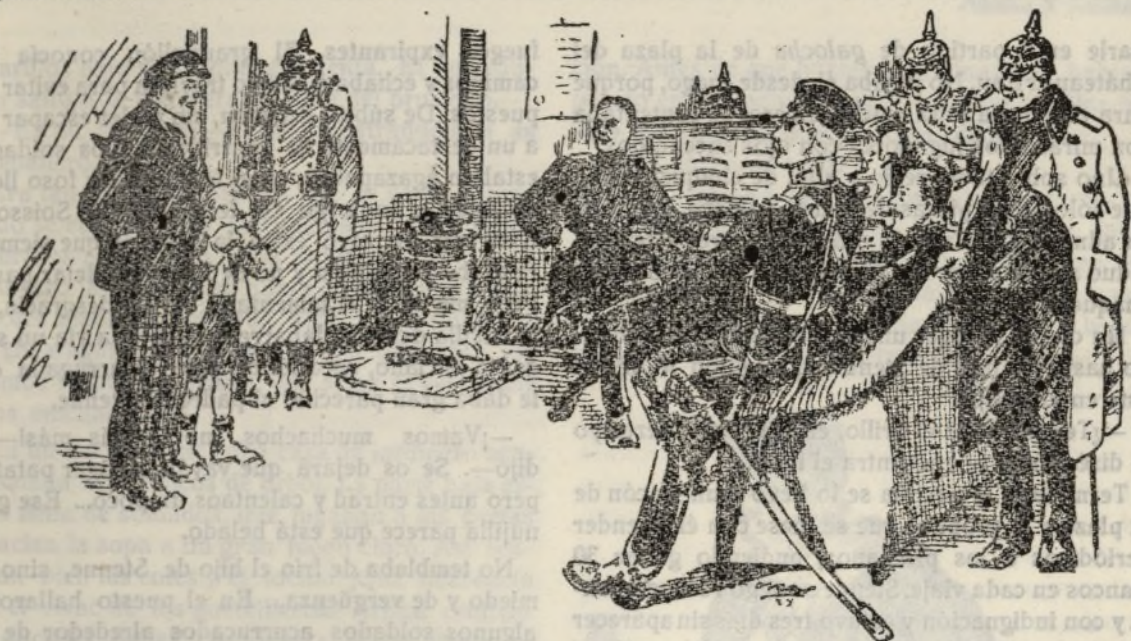
La adjunción o conjunción de líneas, a otra horizontal también influye para verla más corta o más larga: así, si tenemos dos líneas rectas horizontales iguales en dimensión y de los extremos de una de ellas se hacen salir dos líneas oblicuas fuera, parecerá más larga que la otra en la que han hecho arrancar de sus extremos dos líneas que van hacia dentro.

Las supercherías de la luz.

La ilusión de nuestro ojo.

La posición del alumbrado, la dirección por la que nos llega la luz, pueden cambiar la impresión hasta el punto de volver la inversa. Así si mandando la fotografía de una medalla tenemos la impresión de verla en relieve, será suficiente la volvamos cabeza abajo para que nos parezca que el dibujo está hundido. El cambio de dirección de sombras es el que produce esta inversión.

La visión estereoscópica que no hace ver bulto los objetos fotografiados en dos clichés, entre todos los de los primeros planos, es una de las más bellas ilusiones de óptica que se pueden concebir. La misma sorprendente ilusión nos la ofrece el cinematógrafo con la sensación del movimiento, por la persistencia de las impresiones luminosas de la retina de nuestro ojo.



EL NIÑO ESPÍA por ALFONSO DAUDET



Se llamaba Stenne, el pequeño Stenne.

Era un niño de París, enclenque y pálido, que podría tener unos diez años, acaso quince: ¡cualquiera puede averiguar la verdad con chicos de tal calaña! Su madre había muerto: su padre, que fué soldado de marina, era guarda de un jardinillo en el barrio del Temple. Los bebés, criados, señoras, ancianas, madres pobres, todo el París que anda despacio, a paso de tortuga y se refugia, al abrigo de los carruajes, en esos parterres sembrados de sendas y paseos conocían al padre de Stenne y le adoraban. Se sabía que bajo aquel bigotazo rudo, espanto de los perros y de las personas que se eternizaban en los bancos públicos del jardín, se ocultaba una tierna y cariñosa sonrisa, casi maternal, y que para ver esa sonrisa no había más que decirle al buen hombre:

—¿Qué tal, cómo va su hijito?

¡Le quería tanto! ¡Era tan feliz por la tarde, después de la clase cuando el chiquillo regresaba de la escuela y de la mano de su padre daban ambos una vuelta por el jardín, deteniéndose en cada banco para saludar a los habituales y gratuitos ocupantes y contestar a sus corteses frases!

Con el sitio, desgraciadamente, cambió todo. Fue cerrado el jardinillo del tío Stenne, se almacenó en él petróleo, y el pobre hombre, obligado a una vigilancia incesante, pasaba su vida en los macizos desiertos y mal cuidados solo, sin fumar,

no teniendo más que por la tarde y muy a última hora a su hijo en casa. Por eso había que ver su bigote cuando hablaba de los prusianos.

El pequeño; por su parte, no daba señales de que le disgustase mucho aquella nueva vida.

¡Un sitio! ¡Pues si eso es lo más divertido para los chicos! Ni escuela, ni sujeción... Todo el tiempo de vacaciones y la calle como un campo de feria...

El niño no parecía por casa en todo el día, pues se había impuesto una tarea extraordinaria. Acompañaba a los batallones del distrito que se dirigían a las murallas, eligiendo de preferencia los que tenían una buena banda, y en esto estaba muy al corriente el hijo del jardinero Stenne. Decía con admirable seguridad que la del 96° no valía gran cosa, pero que en el 55° había una banda excelente. Otras veces se entretenía viendo hacer el ejercicio a los movilizados; luego tenía los cortejos.

Con el cesto bajo el brazo, se mezclaba a aquellas largas filas que se formaban en la sombra de las mañanas de invierno sin gas, ante las tiendas de los carniceros, de los panaderos. Allí, los pies en el agua, se hacían conocimientos, se hablaba de política, y como hijo del señor Stenne, cada uno le preguntaba su opinión. Pero lo más divertido de todo, eran las partidas de aquel famoso juego de *galocha* que los movilizados bretones habían puesto de moda durante el sitio. Cuando el pequeño no estaba en las murallas ni en las panaderías, se podía tener la seguridad de encon-

trarle en la partida de *galocha* de la plaza del Château-d'Eau. No jugaba él, desde luego, porque para ello hacía falta mucho dinero: se contentaba con mirar a los jugadores con ojos encendidos.

Uno sobre todo, recio y alto, de chaqueta azul, que sólo ponía piezas de a cien sueldos, excitaba su admiración. Cuando echaba a correr este individuo se oía sonar los escudos en el fondo de la chaqueta.

Un día, al recoger una moneda que había rodado hasta los pies de Stenne, el zagalón le dijo a éste en voz baja:

—¿Te encandila el brillo, eh? Pues si quieres yo te diré dónde se encuentra el filón.

Terminada la partida se lo llevó a un rincón de la plaza y le propuso que se fuese con él a vender periódicos a los prusianos, pudiendo ganar 30 francos en cada viaje. Stenne se negó rotundamente y con indignación y estuvo tres días sin aparecer por la partida. Tres días terribles. Ni comió, ni durmió. Por la noche veía pilas de galochas, levantadas al pie de la cama y piezas de cien sueldos que caminaban de canto, con un brillo seductor. La tentación era demasiado fuerte. Al cuarto día volvió al Château-d'Eau, se avistó de nuevo con el grandullón... y se dejó seducir...

Partieron una mañana de nieve, con un saco encerado de viaje a la espalda y periódicos escondidos bajo la blusa. Apenas amanecía cuando llegaron a la puerta de Flandes. El grandullón cogió de la mano a Stenne y acercándose al centinela, un bravo sedentario de nariz encarnada y aire bonachón, le dijo con voz de pordiosero:

—¡Déjenos pasar, buen hombre! Está enferma nuestra madre y nuestro padre ha muerto. Vamos mi hermanito y yo a coger patatas al campo.

Rompió a llorar. Stenne, todo avergonzado, bajó la cabeza. El centinela los miró un momento y lanzó una ojeada sobre la carretera desierta y blanca.

—Pasad pronto—les dijo, apartándose. Y ambos se vieron libres en el camino de Aubervilliers. ¡Lo que reía aquel grandullón!

Confusamente, como en un sueño, el muchacho veía fábricas convertidas en cuarteles, barricadas desiértas, largas chimeneas que taladraban la niebla y parecían subir al cielo, vacías, sin humo. inactivas. De vez en cuando un centinela, oficiales envueltos en impermeables, encapuchados, que miraban hacia lo lejos con anteojos y pequeñas tiendas empapadas de nieve derretida ante los

fuegos expirantes. El grandullón conocía los caminos y echaba a campo traviesa para evitar puestos. De súbito llegaron, sin poder escapar, a un destacamento de guerrilleros. Los soldados estaban agazapados, en el fondo de un foso lleno de agua, a lo largo del ferrocarril de Soisson. Esta vez no tuvo éxito la historia que siempre relataba el zagalón y no se les quiso dejar pasar. Pero, mientras se lamentaba de su desgracia, la casilla del guardabarrera salió a la vía un sargento anciano, encanecido y de faz arrugada que le daba gran parecido al padre de Stenne.

—¡Vamos, muchachos, no lloréis más!—dijo—. Se os dejará que vayáis a coger patatas pero antes entrad y calentaos un poco... Ese grandullón parece que está helado.

No temblaba de frío el hijo de Stenne, sino de miedo y de vergüenza... En el puesto hallaron algunos soldados acurrucados alrededor de un fuego que apenas calentaba, un verdadero fuego de viuda, a cuya llama derretían el bizcocho helado en las puntas de las bayonetas. Se estrecharon para dejarles sitio a los recién llegados, a los cuales se les dio un poco de ron y café. Mientras bebían, llegó un oficial a la puerta, llamó al sargento, habló con él algo en voz baja y se retiró, rápidamente.

—Muchachos—dijo el sargento, volviendo delante de júbilo entre su gente—, esta noche habrá gresca... Se ha sorprendido la contraseña a los prusianos. Me parece que esta vez vamos a volver a recuperar ese condenado Bourget.

Hubo una explosión de bravos y de risas; todos bailaban, cantaban, limpiaban los sables, las bayonetas; y aprovechándose de aquel tumulto desaparecieron los chiquillos.

Pasada la trinchera, no había más que la llanura y al fondo un largo muro blanco con varias troneras aspilleras. Hacia ese muro se dirigieron, deteniéndose a cada paso para hacer el pellejo de que cogían patatas.

—¡Volvámonos... no andemos más!—decía continuamente Stenne.

El otro se encogía de hombros y seguía avanzando.

De pronto oyeron el tric trac de un fusil que se montaba.

—¡A tierra!—exclamó el grandullón, echándose al suelo.

Entonces lanzó un silbido, al cual respondió el otro en la nieve. Avanzaron a gatas. Ante el muro, a ras del suelo, aparecieron dos bigotes

amarillos bajo una boina grasienta. El grandullón saltó a la trinchera, al lado del prusiano.

—Es mi hermano—le dijo, mostrándole a su compañero.

Era tan pequeñín Stenne, que al verle el prusiano se echó a reír y tuvo necesidad de cogerle en brazos para izarlo hasta la brecha.

Al otro lado del muro había grandes trincheras árboles tendidos, agujeros negros en la nieve y en cada agujero la misma boina grasienta, los mismos bigotes amarillos, que reían al ver pasar a los muchachos.

En un rincón veíase una casa de jardinero acasamatada con troncos de árbol. La parte baja estaba llena de soldados, que jugaban a las cartas y hacían la sopa a un gran fuego claro. Así sentaban bien las coles y el tocino. ¡Qué diferencia con el vivac de los guerrilleros! Arriba estaban los oficiales. Se les oía tocar el piano, destapar el vino de champagne. Cuando los parisienses entraron fueron acogidos con un hurra de alegría. Entregaron los periódicos, luego se les dió de beber y se les hizo hablar. Todos aquellos oficiales tenían aspecto de fiereza y desconfianza, pero el grandullón les divertía con su verborrea palurda, con su vocabulario de golfo. Reían, repetían sus palabras después de oírlas y revolvíanse con delicia en aquel cieno de París que se les llevaba.

El niño Stenne hubiera querido también hablar, para demostrar que no era ningún zote, pero algo le embarazaba a su pesar. Frente a él había un prusiano de más edad, más serio que los otros, que leía, o mejor dicho, aparentaba leer, porque no le quitaba la vista de encima. Había en aquella mirada ternura y reproche, como si aquel hombre hubiese tenido en su país un hijo de la misma edad que Stenne y se dijese:

—Mejor quisiera morir que ver a mi hijo haciendo un oficio parecido...

Para escapar de aquella angustia, se puso a beber. A poco todo giraba a su alrededor. Vagamente oía, en medio de grandes carcajadas, como su compañero se burlaba de los guardias nacionales, de la manera como hacían el ejercicio, imitando una toma de armas en el Marais, un alerta de noche en las murallas. En seguida el grandullón bajó la voz, los oficiales se aproximaron y los rostros se tornaron graves. El miserable iba a prevenirles del ataque de los guerrilleros...

Como un rayo, el niño se levantó furioso, completamente despejado y exclamó:

—¡No, eso no, tío! ¡No, no quiero!

Pero el otro se echó a reír y continuó su delación.

Antes de que hubiese terminado se habían puesto en pie todos los oficiales. Uno de ellos indicó la puerta a los muchachos, diciéndoles:

—¡Ea, largo de aquí!

Y se pusieron a hablar entre ellos, con mucha viveza y rapidez, en alemán. El grandullón salió fiero como un dogo, haciendo sonar el dinero. Siguió Stenne con la cabeza baja, y cuando pasó cerca del prusiano cuya mirada tanto le había preocupado, oyó una voz triste que decía:



—¡No está bien...! ¡Eso no está bien...!

Las lágrimas acudieron a sus ojos.

Una vez en la llanura, los muchachos echaron a correr y regresaron rápidamente. Llevaban los sacos llenos de patatas, que les habían dado los prusianos; con esto pasaron sin impedimento a la trinchera de los guerrilleros. Se hacían los preparativos para el ataque de la noche. Llegaban tropas silenciosamente y formaban en masa detrás de los muros. Allí estaba el anciano sargento, ocupado en colocar a sus soldados, con aire

satisfecho. Cuando los niños pasaron, los reconoció y los envió una cariñosa sonrisa...

—¡Qué daño le hizo a Stenne aquella sonrisa! Por un momento estuvo tentado de gritarle:

—¡No vayan allá enfrente...! ¡Les hemos traicionado.

Pero el otro le había dicho:

—Si hablas, nos fusilarán.

Y el miedo le contuvo.

En la Courneuve, entraron en una casa deshabitada y se repartieron el dinero. La verdad nos obliga a decir que el reparto se hizo honradamente, y que de oír sonar aquellos hermosos escudos bajo la blusa, de pensar en las partidas de *galoche* que tenía ahora en perspectiva, el muchacho no encontraba ya su crimen tan afrentoso.

¡Pero cuando estuvo solo el infortunado chico! Cuando, al pasar las puertas le hubo abandonado el grandullón, entonces empezaron a hacerse más pesados los bolsillos, y la mano que le oprimía el corazón le apretó más fuerte que nunca. Hasta París no le parecía el mismo de antes. La gente que pasaba le miraba con severidad, como si supiese de donde venía. La palabra «espía» la oía en el ruido de las ruedas, en el batir de los tambores que se ejercitaban a lo largo del canal. Por fin llegó a su casa, y muy contento porque su padre no había regresado todavía subió rápidamente a su cuarto y escondió bajo la almohada aquellos escudos que tanto le pesaban.

Jamás el tío Stenne había sido tan bueno, ni retornaba tan alegre como aquella noche. Acababan de recibirse noticias de provincias; los asuntos del país mejoraban. Mientras comía, el anciano miraba su fusil, colgado en la pared, y decía al niño con su risa bondadosa:

—¡Eh, muchacho! ¡Si fueses grande, cómo irías a pelear contra los prusianos.

A eso de las ocho se oyó el estampido del cañón.

—¡Es Aubervilliers...! ¡Se combate en el Bourget!—exclamó el pobre hombre, que conocía todos los fuertes.

El pequeño se tornó pálido, y pretextando gran cansancio, se fué a acostar, pero no pudo dormir. El cañón seguía atronando el espacio sin cesar. Se representaba a los guerrilleros llegando de noche para sorprender a los prusianos y cogiendo ellos mismos en una emboscada. Se acordaba del sargento que le había sonreído, le veía tendido allá lejos en la nieve, ¡y cuántos más! El mismo que él! El precio de toda aquella sangre se escondía allí, bajo su almohada y había sido él, el hijo del señor Stenne, de un soldado... Las lágrimas le sofocaban. En la pieza inmediata oyó andar a su padre, abrir la ventana. Abajo, en la plaza, se tocaba llamada, se organizaba para partir un batallón de movilizados. Decididamente se trataba de una verdadera batalla. El desgraciado no pudo contener un largo sollozo.

¿Pero qué te pasa?—dijo el tío Stenne, entrando. El chico no pudo más; saltó del lecho y se arrojó a los pies de su padre. Al movimiento que hicieron cayeron por tierra los escudos.

—¿Qué es esto? ¡Tú has robado!—exclamó el anciano temblando.

Entonces, casi sin respirar, de un tirón refirió el muchacho que había ido a las líneas prusianas y contó lo que había hecho. A medida que iba hablando, se sentía el corazón más libre, hallaba consuelo acusándose... El padre escuchaba, con faz terrible. Cuando terminó, ocultó el rostro entre las manos y lloró.

—¡Padre, padre...!—quiso decir el niño. El viejo le rechazó sin contestar y recogió el dinero.

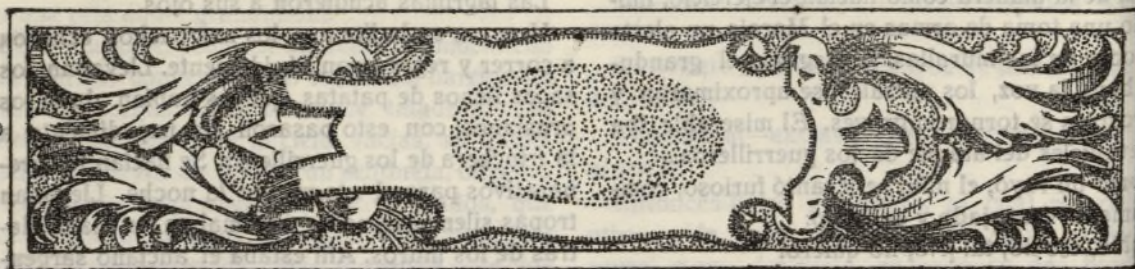
—¿Está aquí todo?—preguntó.

El pequeño hizo un signo afirmativo. El anciano no descolgó el fusil, la cartuchera y guardándose el dinero en el bolsillo, dijo:

—Está bien, voy a devolvérselo.

Y sin añadir una palabra, sin siquiera volver la cabeza, bajó a mezclarse entre los movilizados que partían durante la noche.

¡Y no se le volvió a ver!



EL VELLOCINO DE PLATA

NOVELA POR FRANCISCO CAMBA

(CONTINUACIÓN)

dose con el último bocado en la boca. como hombre de graves responsabilidades que no puede derrochar su tiempo.

Estela, aunque sonrió amablemente, no estuvo muy cariñosa con el *Payador*. Parecía tenerle miedo. Todo allí, en medio de la naturaleza, la amedrantaba. Y sólo se la vió tranquila cuando el tren dejó a su espalda las casuchas de tierra como nidos de golondrina y comenzó a hacer girar vertiginosamente a su paso frondosidades de quintas, *chalets* claros y alegres, casas con esbeltas columnas, de una frescura y un esplendor de templo antiguo; los alrededores cuidados y civilizadísimos de la gran ciudad...

Al salir de la estación se encontraron al doctor Yáñez, que paseaba muy entretenido con Farfán de los Godos. El doctor saluda a la muchacha y luego preguntó a Daniel:

—¿Qué tal esos trabajos? ¿Van consiguiendo encariñarle con el país?

Y Daniel habló de ellos impetuosamente. ¡Sus trabajos! Dios los bendijese. Eran así como un refugio que por dicha había venido a encontrar para la nostalgia lancinante y terrible de su corazón. Le sacaban del horror de la ciudad, le llevaban a un sitio que no era precisamente su aldea, pero era campo, un campo demasiado rico tal vez para quien venía de tan humildes tierras, pero campo al fin, y al cual comenzaba a encontrar su poesía. En aquella llanura feliz y verde todo entonaba siquiera la canción de la abundancia. Las mieses prometían cosechas ubérrimas, los rebaños, al recogerse, creyéranse ríos cuyo fin no se veía y cuyo nacimiento no se adivinaba... Y para mayor dicha, a veces el campo opulento se hacía humilde y le enviaba el perfume de la tierra humedecida y el de los trigos madurando como un incienso de fiesta.

Canciones sin ecos solían perderse con una tristeza dulce por la llanura infinita, y hasta había espejismos misericordiosos fingiendo en las fontananzas ciudades de maravilla y algo más maravilloso aún: trozos de paisaje conocido, del paisaje amado, del paisaje que le llenaba el alma y sin el cual no viviría nunca a gusto. ¡Fingían arroyos retozones y cándidos rebaños, el paisaje

ingenuo de los nacimientos, con las casas dispersas y los molinos hilando el agua y las ruecas hilando el lino. Casi oía los cantares. ¡Oh! ¡Qué desolada y angustiosa hubiera sido su vida sin tales visiones que de tales cosas sabían hablarle!

¡Ei ven o tempo de mazar o liño,
ei ven o tempo d'o liño mazar!

¡Y todo esto dicho allí, de aquella manera tumultuosa, delante de Estela que le miraba pálida y cuya perturbación ni siquiera advertía. La advirtió Farfán, quien clavó los ojos en Daniel con extraña atención, y al alejarse ya todos juntos le preguntó en voz baja:

—Oye, Aguiar. Tú a quien quieres realmente es a tu novia de la aldea. ¿no?

Al principio no se dió cuenta de la gravedad de la pregunta. Pero pronto sintió que una cosa se le helaba dentro. ¿Cómo pudo acariciar, durante tantos días, la esperanza tan absurda de que Farfán perdonase? ¿Cómo no se fijó en lo terrible de la calma de aquel hombre? Y una cosa aún más fría pareció llegarle al corazón. ¿Por qué le hacía



semejante pregunta respecto a su novia de la aldea? ¿Pensaría enterarla? ¿Era esa la venganza a que acudiría después de tantas meditaciones? Entonces se dijo, mortalmente pálido:

—¡Como tal hagat

Y ya estaba en su habitación del hotel, comenzando a desnudarse, cuando he aquí que la puerta se abre cautelosa y entra Farfán, pálido, tembándole las manos. Pero cuando habló no fué para amenazar al otro. Murmuró apenas, con tranquilidad costosa:

—Nada de inquietarse, Aguiar, que no me como a la gente. He pensado mucho en lo que pasa, y sólo una palabra vengo a decirte.

Se detuvo como si aquella palabra le ahogase; pero hizo al fin un esfuerzo supremo.

—Estela te quiere, pues sólo así ha podido olvidarse de tantas cosas. Si aun lo dudaba, esta tarde lo he visto. Te quiere, te quiere, como le ocurre a todas las mujeres con el hombre que acierta a despreciarlas. Pues bien...

Volvió a detenerse. Como si se sintiese desfallecer, apoyó una mano en el balcón de la cama. Sus ojos, casi dulces hasta entonces, refulgieron aterradoramente.

—Pues bien, no pienses en escaparte tan pronto liquides la cosecha, no pienses en unirte a la otra con dinero que a ésta deberías. Sí, no lo niegues; lo piensas, lo pensaste siempre, y ahora que la ves pobre, más. Pero no. Lo único que vengo a decirte es esto: tienes que cumplir con ella, tienes que casarte. Desgraciada, mientras yo viva no la haces...

No esperó la respuesta. Con la tranquilidad del hombre bueno que, sobreponiéndose a toda consideración egoísta, ha realizado una buena obra, detuvo toda palabra de justificación y de disculpa. Abrió la puerta, y antes de alejarse agregó gravemente, con la plena seguridad de cumplirlo y la certeza de que no se lo ponían en duda:

—Y óyeme aún. No intentes burlarme. En el fin del mundo te encontraría para matarte como a un perro...

No ciertamente por miedo a las amenazas de Farfán, pero sí por imposición honrada del propio pensamiento, Daniel comenzó a reconocer que no le quedaba otro recurso. Abandonar a la criolla, correr en pos de la dicha con tan feo peso en la conciencia, era idea que acaso pudo acariciar hasta entonces, mientras la hija de Iturbe, caída y todo al aceptarle por marido lo elevaba hasta la opulencia. ¡Pero ahora! La catástrofe económica de su padre comenzaba a trascender, y aquel

hombre ya no era el mismo. Arruinado en miles de ocasiones, había vuelto a levantarse siempre con algún arranque genial. Ahora, en cambio, echaba al surco, sin siquiera las soberbias arrancadas de otro tiempo, y ya la gente se atrevía a manifestarle el desvío que allí inspiran los fracasados. Le consideraban acaso incapaz de levantarse, demasiado viejo, como muerto ya. Y el infeliz lo sabía, no tuvo reparo en hablarle alguna vez del asunto...

—¿Y cómo abandonar a la hija de aquel hombre? ¿Cómo, a una criatura por él perdida y que tanto necesitaría ya de su defensa? ¿Qué importaba que no le gustase la vida del campo? ¿Eso era bastante razón? ¿Y tendría valor aún para obstinarse en la disculpa egoísta de que no fué a sus brazos llevada por una pasión poderosa y ciega? ¿Qué otra cosa pudo hacerla tan suya? Le amaba era innoble negarlo. Le amaba con toda su alma apasionada y vehemente, y un fuerte deber de gratitud y de hidalguía le obligaba a sofocar el amor verdadero de su corazón y a sacrificarse viviendo tan sólo para aquella mujer.

¡Pero qué nostalgias las suyas desde entonces! Sintió que se le aumentaban como una hoguera al viento. Casado con Estela, le sería forzoso quedarse allí para siempre, y era una idea a la que no se acostumbraba. A pesar de su trabajo que tanto tiempo le entretenía, del cariño cada vez más claro de Estela, que tanto le suavizaba las asperezas del ambiente, Buenos Aires y su espíritu pesaban de un modo terrible sobre él. Era una ciudad hosca, al través de la cual andaba continuamente como por entre espinas...

Volvió a consolarle tan sólo con los espectáculos que le recordaban su tierra lejana, su paraíso perdido. Abandonando deberes y atenciones, salía por veces en busca de cualquier lugar con árboles. Cierta día siguió, durante horas, en un carro de retama fragante. Una tarde de lluvia se la pasó debajo de un macizo frondoso, mojándose con la tranquila serenidad de los helechos; una mañana de sol suave, junto a las tapias de un solar, se sentó como un chiquillo, contemplando el afán de un hormiguero. Acabó por ayudar a las hormigas en su trabajo, compadecido de aquellos animalitos laboriosos que le parecían venidos de otras tierras, emigrantes como él... Todo el tiempo que le quedaba libre lo empleaba en escribir al pueblo, a los amigos y a la novia, quien aun mantenía la correspondencia apasionada de otro tiempo, cartas empapadas en nostalgia, llenas con evocaciones de aquellas cosas

tumbres queridas y perdidas. Entonces el alma se iba muy lejos, y volvía a acordarse de la frase dilacerada que tantas veces ha puesto un saudososusurro al través de toda la poesía de su región:

—¡Ay, quien tuviese alas!

Nada aun había dicho a la criolla respecto a su decisión de casarse con ella. Mil veces pensó anunciarle que no se cernía sombra alguna sobre su felicidad. Mas, como no supiese a qué palabras acudir para desagrararla del engaño, callaba, callaba siempre. Al verla adormecida en su casita, en su nido, entre las revueltas ropas del lecho, llenando la estancia con los fulgores de su cuerpo casi desnudo, como una luz de milagro, era cuando más ardiente sentía aquella ansia. Contemplaba henchido de admiración la bella escultura palpitante, y viéndola sonreír en su sueño y pareciéndole que los divinos labios modulaban su nombre, el ansia ardiente le acudía de aumentar la felicidad de la mujer que con él soñaba diciéndole cuán próxima estaba ya su completa ventura. Pero callaba. Segado el campo, vendida la cosecha, pudiendo ya afrontar los gastos de la boda era cuando le diría la verdad, toda la verdad, el dulce secreto que aun ignoraba, y nada quería decirle hasta entonces, esperando a darle la sorpresa cuando ya fuese posible realizar el sueño.

Una mañana, antes de que Estela llegase, le despertó un extraño ruido; era un lento y tenaz repiqueteo en los cristales de su ventana, en las hojas de los árboles, como si lloviese recio, como si granizara. Se incorporó en la cama, vió el cielo de un radiante azul y el sol arrancando destellos de los adornos de mayólica de la casa frontera. El ruido, no obstante, continuaba terco y rudo, sobre los cristales de su cuarto, en los del piso transparente que cubría el patio. El sol comenzó a nublarse y Daniel saltó del lecho con una idea que lo empalideció terriblemente:

—¡La langosta!

Una nube cubría, en efecto, toda la ciudad; una nube densa, larga, inacabable, de la cual se desprendían algunos langostones que revoloteaban, pesados y torpes, bajo el sol. Daniel se vestía pálido, temblando, como si una ola de frío hubiera invadido el cuarto. ¡Allá iba la nube, a comerse su trabajo, a destruirlo, a sumirle de nuevo en la desesperación y en la incertidumbre! Evocó aquellas noches de ansia, las zozobras de cuando heló, el miedo al granizo con la siembra tierna, las lluvias que luego amenazaron anegarla, y él, desde lejos, como amparándola, como dándole el calor de su deseo infinito. ¡Y todo destruido ya! Todo

perdido, alejado el sueño que días antes casi le hacía dichoso y alejadas indefinidamente otra vez cosas confusas de que no se había despedido para siempre. Lívido y temblando salió en el primer tren hacia la Pola. Venía del Norte, impregnado aún por el paso de la plaga, un viento cálido y como de peste. Al paso del tren, Daniel veía a los inmundos animales apiñarse sobre los árboles en



voraces racimos y cubrir la tierra como un movedizo y turbio tapiz. ¡Pero qué sorpresa confortadora y dulce! Conforme se iba acercando en dirección a su siembra se hacía más claro el tapiz maldito. Después, sólo algunas langostas dispersas revoloteaban de un lado a otro, y en la Pola ni una. Recibió entonces la sensación del creyente a quien es dado el regalo divino de presenciar un patente milagro. Tuvo que hacer un esfuerzo para no gritar la palabra, en la inmensidad de su alborozo. Y si un instante le atarazó el pensamiento terrible de que la plaga, detenida milagrosamente,

podía extenderse aún hacia su campo, pronto un viento generoso le libró de angustias, levantándola de donde estaba y empujándola hacia regiones más infelices.

Cuando regresó a Buenos Aires, langostas rezagadas de la nube aun andaban ciegas por la ciudad, metiéndose en las casas, tropezando con la gente. Pero el peligro estaba pasado, lejos la nube y para mucho tiempo. El día se nublaba además, trocándose en mortal para la plaga. Daño que no hubiese hecho, daño que ya no haría...

Volvió a pensar en el milagro, y su alma se llenó con la imagen de quien, desde lejos, lo pedía, por pedir su bien a toda hora, y por dulce y buena lo alcanzaba. Aquella tarde no buscó a Estela. Le escribió una carta dándole cuenta del suceso venturoso y hablándole de algunas ocupaciones ineludibles. Quería estar solo...

Llegó la tarde del día siguiente. Estela le había escrito citándole para cerca de su casa, y Daniel la esperaba de bruces en la balaustrada de un repecho sombreado por árboles magníficos, más allá del que la calle se deslizaba en dirección de Palermo, asfaltada y reluciente. Esperaba hacía rato ya, cuando recibió una sorpresa. De allá abajo venía el son cansado y triste de un violín. Y al reparar en el violinista, casi no quiso dar crédito a lo que su nostalgia le decía.

—¿No es Don Roquiño?

¡Don Roquiño! Desde muy pequeño Daniel lo había visto todos los años llegar quién supiera de dónde, con sus guedejas blancas y el violín a cuestas, cantando siempre ingenuos madrigales que hacían reír a las mozas y dejaban a su paso una estela de afecto. La maestra de Goyán gustaba de llamarle el último trovador, y el trovador había cantado mil veces ante el balcón señorial de Armida. Ahora allí estaba, en la calle desierta, erguido como entonces, pulsando con sentimiento optimista las cuerdas de su violín decrepito. No le acompañaba, cual en Piornelo y en Goyán, una corte de chiquillos. Estaba solo, vestido al igual de siempre, con su traje raído y triste, más blancas aun las guedejas, a la espalda la bolsa de cuero del violín, y, en su decadencia, todavía arrogante el bigote... Las notas saudosas llevaron a Daniel hasta su tierra, hasta Goyán, hasta aquella ventana ante la cual cantaba Don Roquiño con su galanía famosa, haciendo que miraba a quien le oía y, en realidad, mirando Dios supiese a qué recuerdos:

[Tus ojos, ay!
¡qué azules son!

No eran azules los ojos de Armida de Goyán,

¿pero qué sabía Don Roquiño? Trovador románico, trovador de otras épocas, casi de otras edades en sus tiempos así eran los ojos del madrigal, ojos gratos a la poesía... Pronto, lamentablemente, tuvo Daniel que apartar la atención del trovador. Por el otro lado del paseo Estela asomaba. La veía acercarse con extrañeza, casi como a una desconocida, y de repente se estremeció con un presentimiento angustioso. Algo grave le pasaba. No le sonreía desde lejos, ni siquiera con una triste sonrisa que le había advertido en aquellos días últimos. Y apenas llegó a su lado, se dejó caer en un banco, sobre la repisa del paseo que hasta allí ascendía. Bajo ellos pasaba la calle, y su vida y su mundo mucho parecía aislarlos en el banco de piedra, bajo la copa frondosa de los árboles. Daniel esperó callado, y la muchacha, de repente, sujetándole las manos, le preguntó con angustia:

—¿Me querés mucho?

Y prosiguió, pálida, temblorosa, sin esperar respuesta:

—¿Pero mucho, Daniel? ¿Con toda tu alma?

—¿No lo sabes ya? ¿A qué viene esto? ¿Qué ocurre?

—Tengo que darte un disgusto...

Tenía que hablarle de una cosa horrible: gerente del Banco de donde sacó el dinero con el que pudo sembrarse la Pola había vuelto a llamarla para hablarle del cheque, para amenazarla...

—¿De qué cheque?

Estela vaciló más, tardó en responder, aterra de la palidez que veía extenderse por aquel rostro. Al fin volvió a oírse su voz lánguida, como un susurro. ¡Era verdad! ¡No se lo había dicho, ¡creyó nunca que llegase tan penosa ocasión!

—Yo no tenía plata, ¿sabés?

Y contó. Contó cómo se la había pedido a su padre y la negativa que obtuvo y achacó a otras razones, y el cheque en blanco que le arrancó con los mimos y en el cual escribió una cantidad muy superior a la que podía nunca suponerse. Se interrumpió, y los bellos ojos le miraron anhelante.

—Hice mal, ¿verdad?

Calló esperando palabras que no vinieron y continuó otra vez, con los ojos bajos:

—Hice mal, ya lo sé. ¡Pero te quiero tanto! ¡Tenía tales deseos de verte dichoso! No reparé en nada. Ya lo pagaríamos. Ya, en último término, sabría desenojar a papá...

Daniel se levantó nervioso, y ella se levantó también. Comprendiendo cuanto por él pasaba, le abrazó, procuró envolverle en una oleada de ternura.

(Continuaré)